

El Ruedo

2
Ptas.



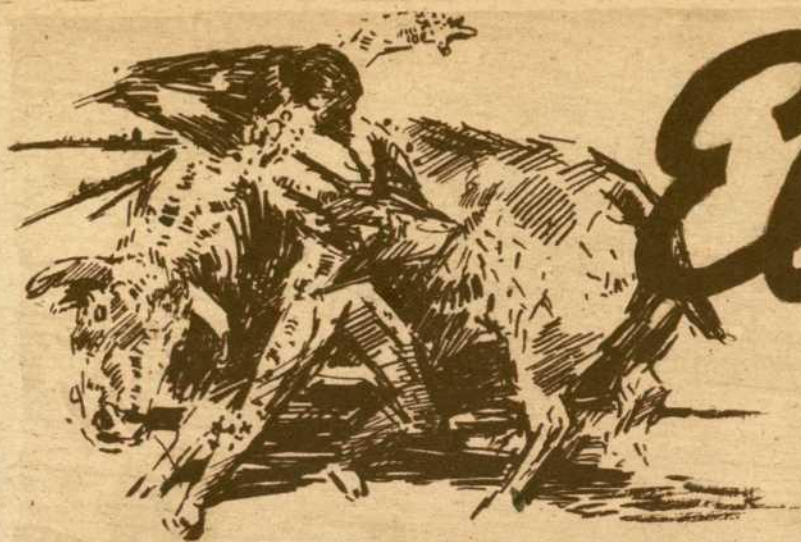
El Picador

(Cuadro de Antonio Sánchez)

TEODORO
BELGADO



Cuando los torerillos viajaban en los topes...



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 12 de diciembre de 1946 - N.º 129



LOS toreros tienen a veces en la Plaza gestos y actitudes de mal humor. Explicable, pero no admisible, ya que los toreros, como todos los artistas, aceptan, por principio, someterse voluntariamente al juicio del público. Claro está también que los toreros, seres humanos al fin, no son siempre dueños de reaccionar con impasibilidad ante un fallo injusto o simplemente erróneo. Aun aplicada la teoría a simples escaramuzas cotidianas, la «guerra de nervios» existe. Todo consiste en saber encajar el golpe, o en acusarlo.

Porque el público no es frecuente que se equivoque, al lograr en un momento determinado la síntesis de un conjunto de opiniones. En ocasiones, evidentemente, sí. Mas eso tampoco es cosa extraordinaria. Uno cree a veces que ha hecho una obra de caridad, y le resulta el episodio de los galeotes.

Sin embargo, están en mayoría los momentos en que el público acierta.

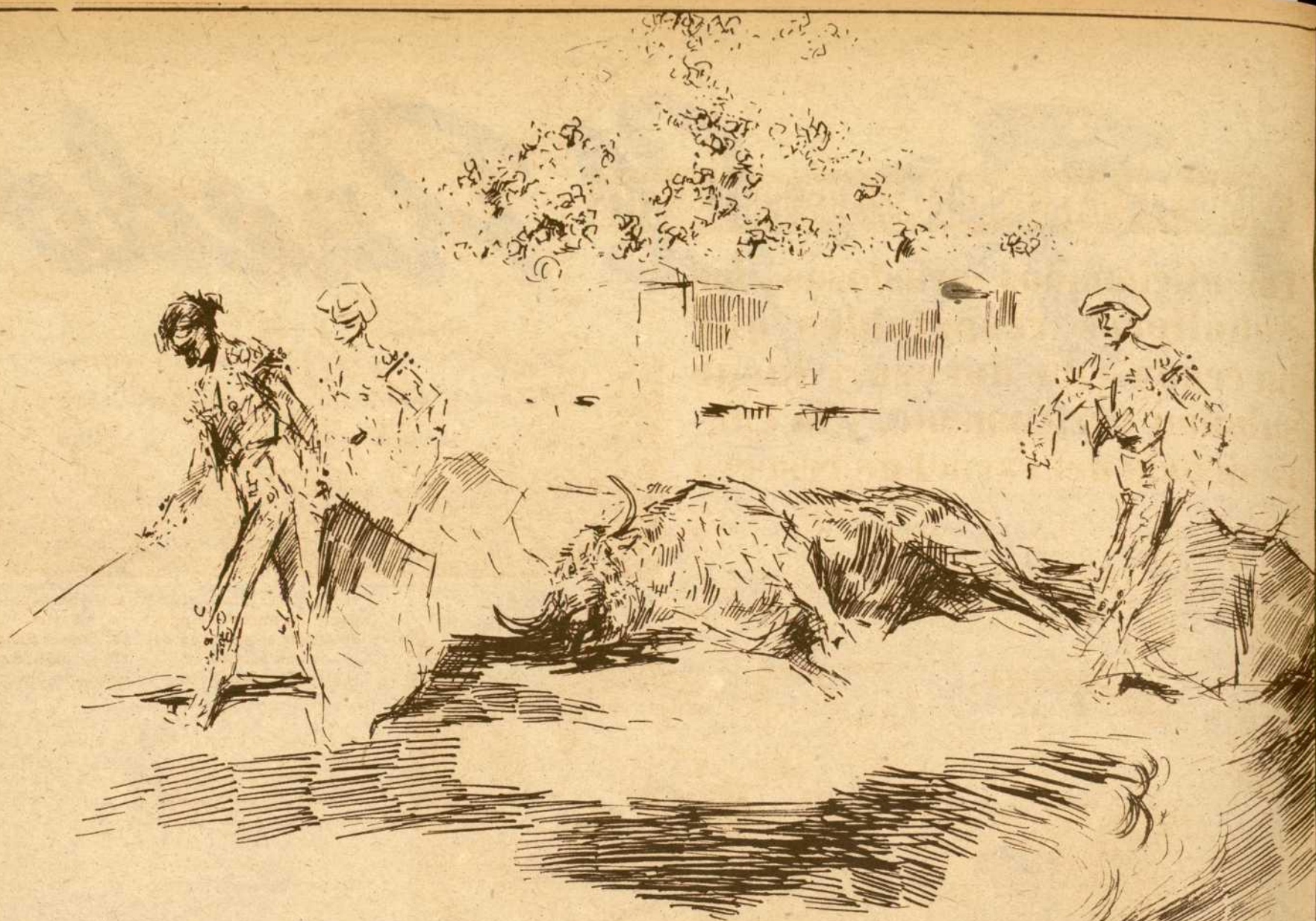
Y porque esto es una realidad, el torero debe abstenerse, por un respeto elemental, de exteriorizar sus «rabietas». Aquí tienen ustedes este gesto impolítico de Lorenzo Garza. En la corrida ce-

lebrada el día 20 de noviembre pasado —un jueves— en Irapuato (Guanajuato), el mejicano no estuvo afortunado en la lidia de su primer toro. Le chillaron y escuchó un aviso. En el segundo enmendó la plana y logró que le concedieran las orejas y el rabo del de La Punta. Entonces, como unos espectadores protestaran en recuerdo, sin duda, de su faena anterior, Lorenzo Garza, en ese momento de mal humor que comentamos, arrojó airadamente el trofeo al tendido de los protestantes, como un reto.

Mal hecho; decididamente mal hecho. Los aficionados, que son los que alientan y mantienen la fiesta, merecen siempre respeto. Porque luego, cuando la pelota rueda bien, ¡son tan generosos, tan efusivos en sus reacciones...!

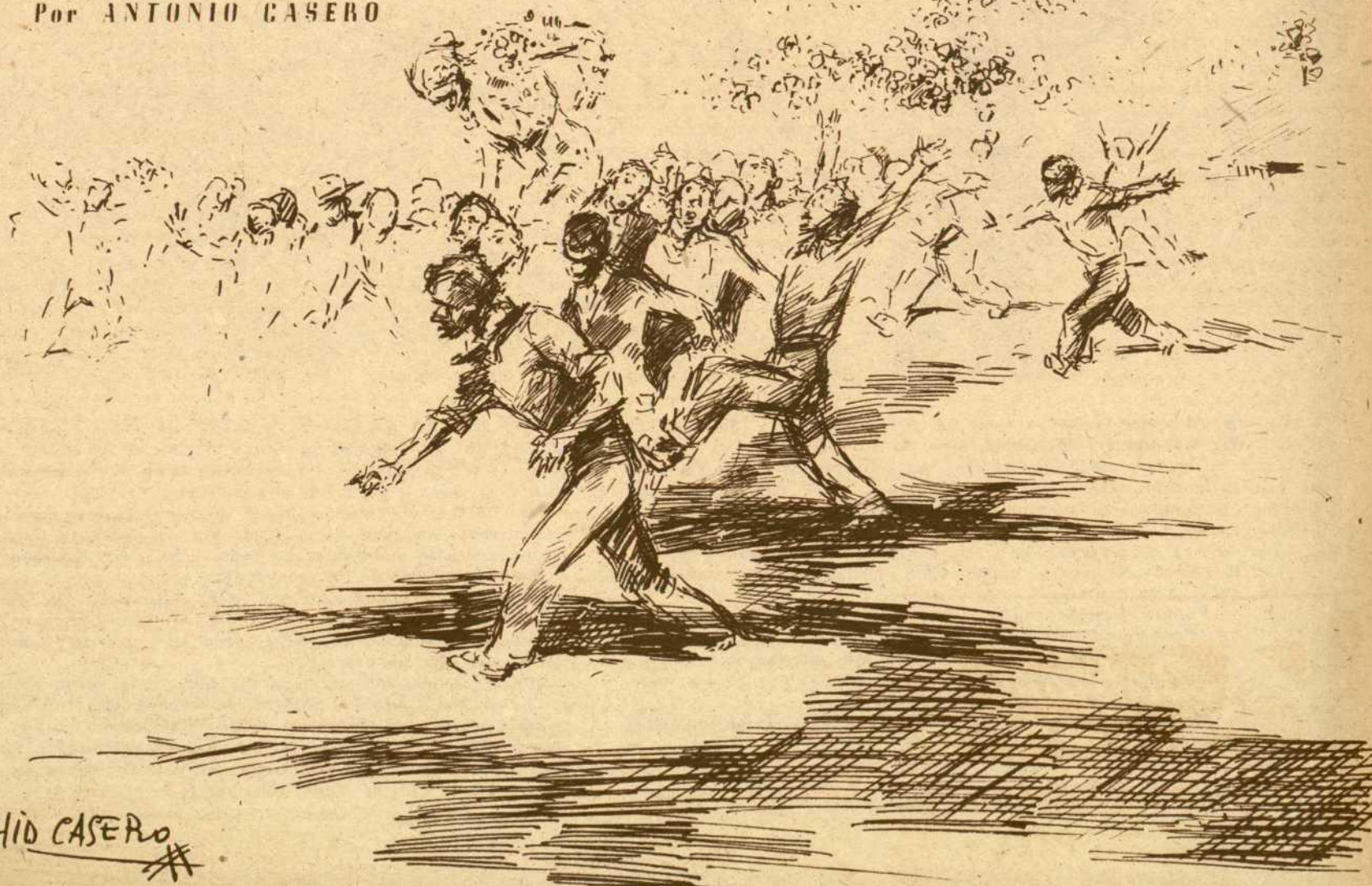
Un día de esta última temporada, allá por las ferias del norte, ese mismo gesto altanero hubimos de censurárselo a un matador de toros español, de los de más tronío. Mantenemos nuestra posición de entonces, aun cuando no sea más que por nuestro convencimiento de que una de las grandes virtudes de los humanos es saber esperar. Dios da ciento por uno.

C.



AYER Y HOY "CARA Y CRUZ"

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO

COMO VEN LAS CORRIDAS SUS PRESIDENTES

Los aficionados «grasiosos», los caballeros respetables que increpan con dureza y luego saludan cortésmente, y la conveniencia del carnet de reserva



Los señores Plaza, Cartier y Caruncho, después de dirigir el apartado de una corrida (Foto Díaz Casariego)

Un presidente en activo —Cartier—, con otro retirado —Sanchez Gracia—, asisten a los preliminares de una corrida



TERTULIA taurina. Aún más interesante en invierno que en verano; porque ahora se van posando los recuerdos y las experiencias que en plena temporada no ha sido posible analizar con ponderación. Café popular; que «el café», no obstante los vientos de modernismos, no ha desaparecido aún de las costumbres nuestras. Reunión grata de personas agradables, y entre ellas, los señores De la Plaza, Cartier y Navarro, que actualmente alternan en la presidencia de las corridas en la Plaza de las Ventas, y don Gerardo Testillanos, destacada personalidad de la judicatura madrileña.

Vaho intenso de atmósfera de calefacción y tabaco, y una invitación amable para que nos incorporemos a la «peña».

En aquellos momentos se pone a debate el papel que en la corrida juegan los verdaderos aficionados.

Don Arturo Cartier declara que en su ánimo pesa más la opinión de los expertos, a pesar de que éstos, al ser minoría, suelen quedar ahogados por «el respetable público».

Desde luego —añade Plaza—, el espectador novato preocupa más, porque es el que menos entiende, y se deja llevar por la impresión primera que recibe.

—He aquí la causa de sus frecuentes errores —oímos decir a un señor de aire imponentemente serio.

—He llegado a la conclusión —prosigue diciendo el señor Plaza— de que en muchas ocasiones la protesta no tiene una relación exacta con el hecho o la cosa protestada. Por ejemplo: a veces se rechaza airadamente, «por cojo», a un toro que no lo es. Lo que se protesta, sencillamente, es su mansedumbre o la falta de condiciones para que puedan lucirse los ídolos, de los que siempre se espera algo en sus fugaces apariciones por la Plaza Monumental de Madrid.

—¿Ha devuelto usted muchos toros a los corrales?—preguntamos a Cartier, a quien los enterados reputan como más inclinado a la severidad.

—Hombre, sí; y de una manera especial durante la anterior temporada. En las veinte corridas que presidí, hube de devolver unos diez toros, la mayor parte por falta de presentación y de peso aparente...

—¿Creen ustedes en lo del «tío del saco», afeitados y demás arreglos?—interrumpe tímidamente un conturbado de voz atemorada.

—Mi querido Fernández, eso son cuentos tártaros—dice De la Plaza con gesto displicente.

Su compañero es más explícito:

—Yo no creo en su existencia. Y menos en lo del saco. Por lo pronto, en la pasada temporada, hasta el espectador más miope pudo advertir que, por falta de nutrición, no necesitaron los toros de tales procedimientos para doblar los remos al enfrentarse con los picadores.

Se habla luego, ¡cómo no!, de la conveniencia de reproducir el antiguo sistema del abono. Cartier y tres o cuatro votos más argumentan, por el contrario, que más conviene al aficionado utilizar el carnet de reserva, puesto que sólo tiene que hacer un pequeño desembolso al renovarlo cada año. En cambio, pagar adelantadas ocho o diez corridas supone un evidente sacrificio para la mayoría.

Navarro consigue el general asentimiento de la asamblea al convenir que lo que interesa es que la Empresa se decida a adquirir buen ganado y a pre-

sentar carteles que estén a la altura de nuestra primera Plaza.

Un poco en vena de indiscretos, preguntamos:

—Para la concesión de una oreja, ¿qué cuenta más en sus decisiones: la sombra o el sol?

Cartier, al quite por los tres:

—Igualmente unos que otros, pues en ambas zonas se encuentran aficionados de gran competencia y de indudable buena fe.

—¿Les molestan los «grasiosos» contumaces en lo de interrumpir con más voz que ingenio?

—Ni nos molestan ni nos hacen gracia. La carencia de ingenio es de por sí suficiente para calificar esas desagradables intervenciones.

—Es distinto —comenta Navarro— cuando, en contadas ocasiones, una ocurrencia ingeniosa contribuye a inyectar alegría en un momento aburrido o desmayado de la lidia.

—¿Qué momento considera más difícil en la presidencia de una corrida?

—¡Ay, amigo mío! Toda la corrida constituye un «difícil momento».

—¿Y el más agradable?

—Cuando, al abandonar la Plaza, podemos decir lacónicamente: «Sin novedad».

—Las protestas iracundas de los aficionados, ¿les causan gran contrariedad?

Don Arturo Cartier sonríe al relatarnos que a veces suele distinguir desde su atalaya presidencial a conocidos respetabilísimos, incluso amigos de absoluta confianza, volverse exasperados hacia el palco, trémulos de ira. Y a los pocos minutos, en los mismos pasillos de la Plaza, esos mismos protestantes, recobrado su normal continente, saludan con afecto y como si nada hubiera pasado, al amigo increpado; pero la pícara afición es así.

—¿Recuerda usted, señor Plaza, algún brindis interesante?

—Pocos. Ahora, la cosa ha derivado en dejar la montera, sin más comentario. Recuerdo una vez que un torero, no me acuerdo cuál, llegó hasta el palco, paso a paso, y con voz potente y ademán solemne, que hizo el prodigio de apagar los ruidos, dijo: «Buenas tardes, señor presidente.» Y con la misma prosopopeya como había venido, se alejó hacia el toro.

—Y cambiando de tema, ¿lleva usted concedidos algún rabo o alguna pata?

—Ni he concedido ni pienso conceder tales desquartzamientos. Hasta la fecha, el público de Madrid ha tenido el buen gusto de no solicitarlo. Para premiar un triunfo, ya está bien la concesión de una o de dos orejas. Todo lo demás, resulta, ¿por qué no decirlo?, poco serio.

Al poco se levantó la sesión y comenzó el desfile.

F. MENDO



**UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL.**

Consumo
sanitario
n.º 3970

**QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS**

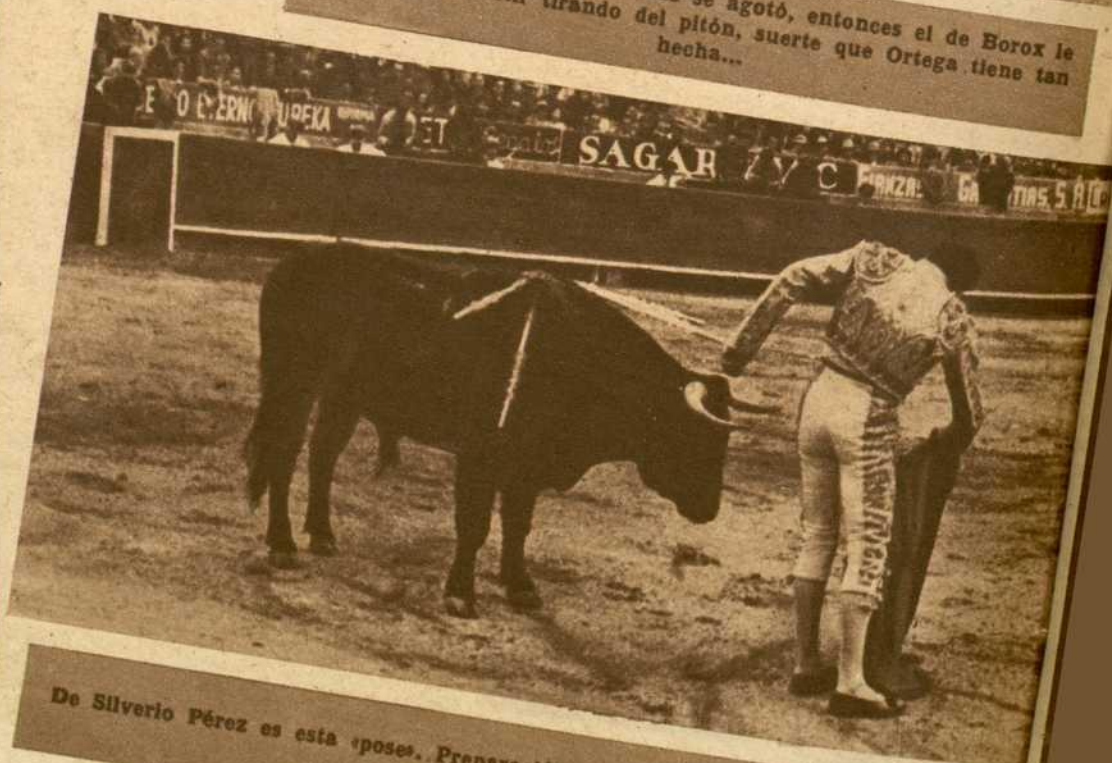
Tampoco esta vez, pese a la rebaja en el precio de las localidades, se llenó, ni con mucho, la Plaza. Allí veremos quién vence en esta pugna tan porfiada. Que no se olviden los empresarios de que el público, que paga, es el que casi siempre tiene razón



Domingo Ortega, que no en balde es la maestría o el dominio, sujetó hábilmente a un toro muy huído y le sacó muy buenos muletazos...



... y cuando el de Matancillas se agotó, entonces el de Borox le obligó a embestir tirando del pitón, suerte que Ortega tiene tan hecha...

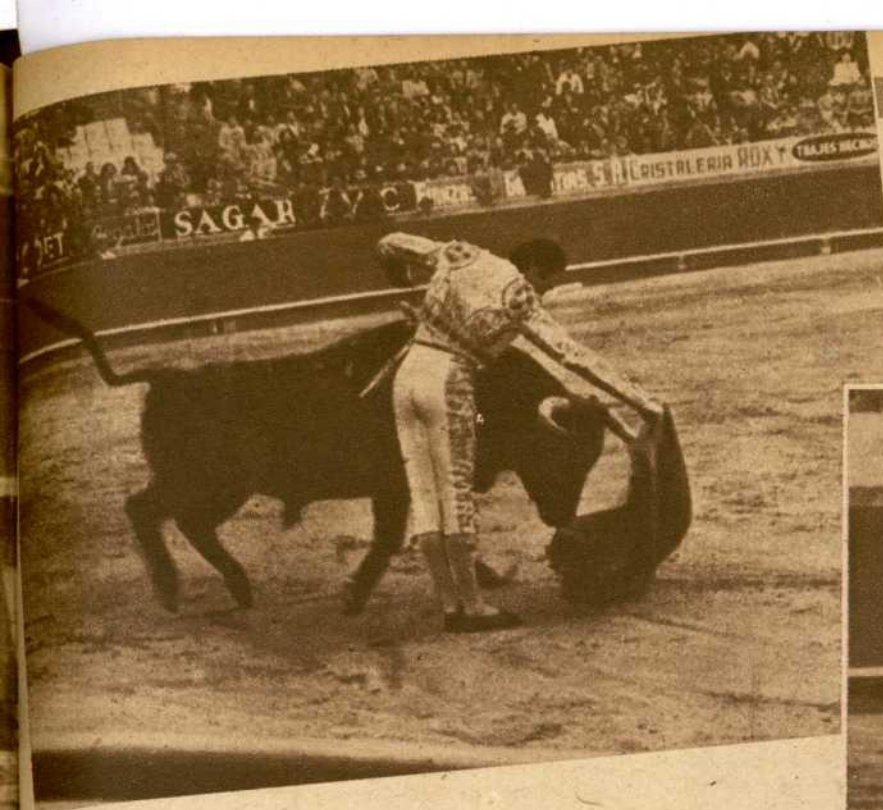


De Silverio Pérez es esta «poses». Preparación para el derecho, y luego el derecho mismo

La tercera corrida de la temporada en Méjico

Los toros de Matancillas fueron lidiados por DOMINGO ORTEGA, SILVERIO PEREZ y RICARDO TORRES

A pesar del buen éxito de Ricardo Torres, al único que se le concedió una oreja fué a Silverio

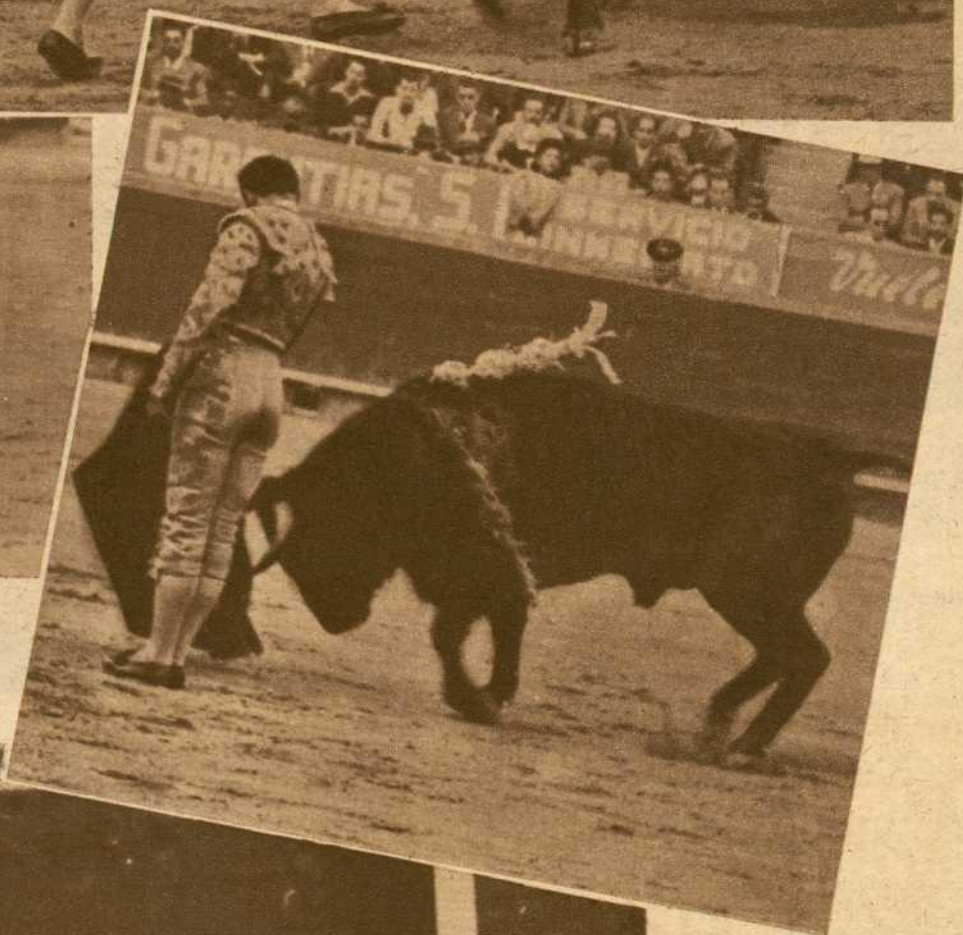


Quizá, sin la preocupación de juntar los pies y contorsionar el cuerpo, el pase hubiera resultado más lucido. Acaso no sea un disparate taurino eso de «cargar la suerte»...

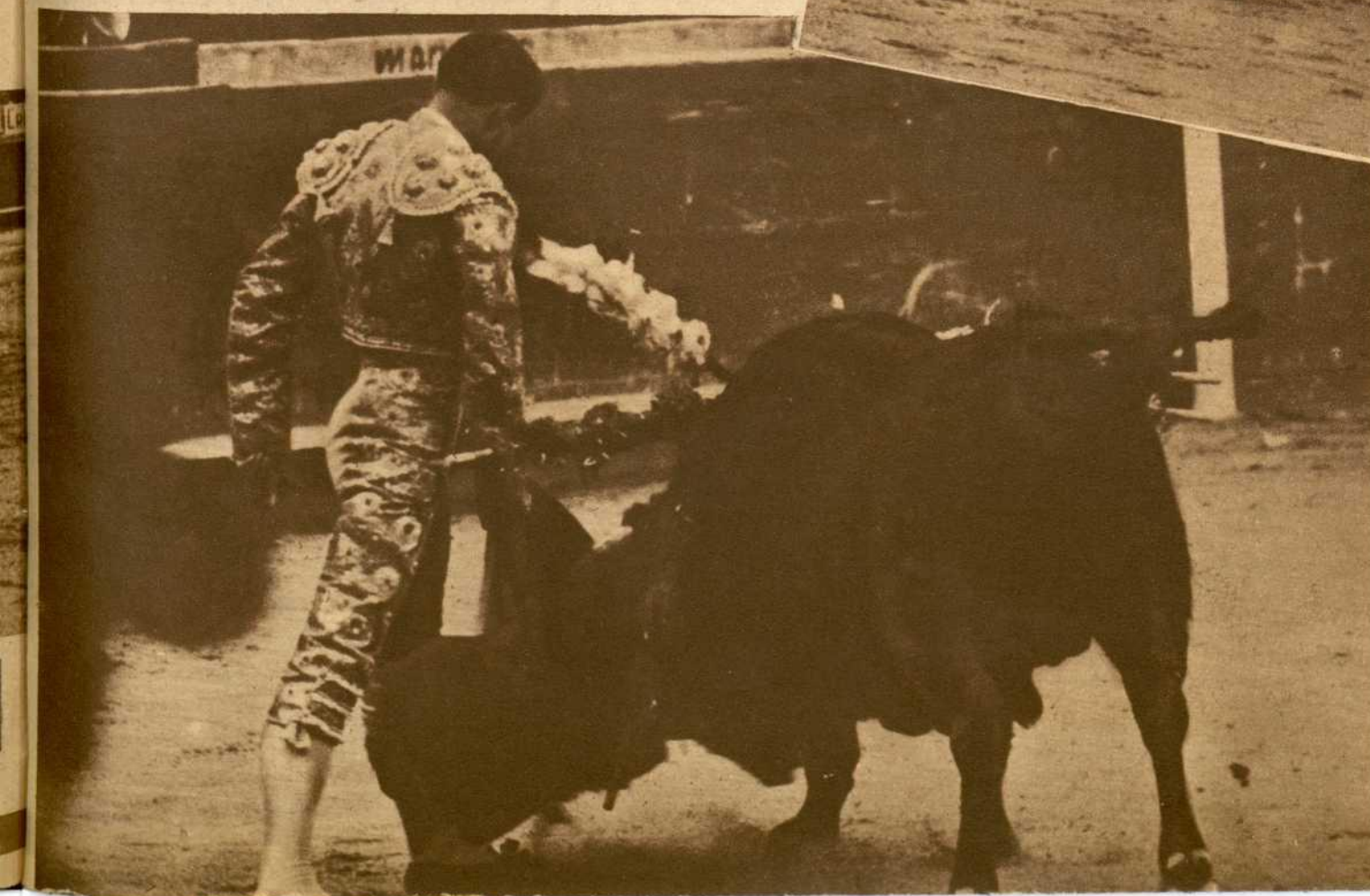
Ricardo Torres tampoco fue premiado con ninguna oreja; pero estuvo decidido y valiente, y a su primero le clavó tres buenos pares de banderillas, uno de los cuales recogió la foto que nos facilita la Agencia Cifra-Gráfica



Este es el toro del triunfo de Ricardo Torres. El animalito fué bastante manejable y se prestó dócilmente al lucimiento de su matador...



... quien se paró en unos pases con la derecha, componiendo elegantemente la figura...



... y doblándose muy bien con el de Matancillas, en unos pases por bajo muy templados. (Reportaje Agencia Cifra-Gráfica)

ARTURIYO, picador de toros, con treinta y cuatro años de profesión, con muchos éxitos y muchas cornadas



Arturo Serrano, Arturiyo, que posó como modelo para el cuadro de Antonio Sánchez, «El picador»

El popular varilar-guero es uno de los pocos hombres que se salvó del tétano

“El primer toro que se picó en Bogotá lo piqué yo”

años arriba de cincuenta corridas de toros y unas veintitantas novilladas.

—¿Usted, Arturiyo, no es uno de los pocos supervivientes del tétano?

—Así es.

—¿Quiere recordarme su caso?

—Fué en Madrid, picando a las órdenes de Antonio Márquez, un toro de doña Carmen de Federico. El pitón del toro me hirió en el pie y, como consecuencia, a los ocho días se me declaró el tétano. Me salvó el doctor Segovia. Este caso mío dió mucho que hablar; me visitaron muchos médicos extranjeros y el caso clínico pasó al Colegio de Médicos.

—¿Aparte del tétano, muchas cogidas más?

Arturiyo se sonríe levemente y, en un tono un poco quejumbroso, me dice:

—Verá, señor... Picando toros he sufrido cinco fracturas; me he roto dos veces la clavícula, una vez la muñeca, una el dedo meñique; tuve otra cornada en el pie y otra gravísima en el vientre toreando a las órdenes de Carnicerito de Méjico. Tengo partidas una oreja, la nariz... En fin, ya ve usted que los toros me han respetado muy poco.

—¿Estuvo usted en América?

—Estuve el año 23 en Méjico, toreando con Gaona, Facultades y otros. El año 30 estuve en Colombia con



El popular picador charlando con el pintor y ex matador de toros Antonio Sánchez y el conocido taurino Miguel Vidal. (Fotos Zarco).

CONFIESE que este reportaje no es de hoy...

Creo que fué hace un año, cuando me encontré con el popular picador Arturiyo en el estudio de Antonio Sánchez, en la calle de Tudescos. Recuerdo que mientras Arturiyo posaba para el pintor, yo le hice unas preguntas, ante la desesperación de Antonio Sánchez, que veía perder la inmovilidad de su «modelo» cuando éste me contestaba, uniéndole a sus palabras el ademán amplio del hombre que quiere reforzar con el gesto la razón de todo cuanto está diciendo. Entonces, Antonio Sánchez se desesperaba y nos rogaba que nos callásemos. Pero al rato volvíamos a la carga...

Hoy un poco, mañana otro... El caso es que la charla duró bastantes días. Como me encontraba a gusto con el pintor y con su modelo, no tenía ninguna prisa. Cuando Antonio Sánchez terminó el cuadro, entonces decidí publicar este reportaje. Pero sólo fueron propósitos, porque el reportaje no se publicó entonces. Se publica ahora, cuando las cuartillas casi tienen un año de vida.

Sin embargo, creo que lo mismo podían ser de hoy, porque Arturiyo sigue en la vida, con la misma personalidad de ayer, con su gracejo, con su simpatía y con su cuerpo cosido a cornadas, donde muy bien pudiera estudiarse unas lecciones de cirugía práctica.

Ahora debo decirles quién es Arturo Serrano, más conocido por Arturiyo. Debe de tener unos sesenta años y lleva picando más de treinta y cuatro, amén de los que seguirá picando, si Dios le sigue dando esta salud a prueba de golpes y cornadas. Arturiyo, a la vez, es uno de los pocos hombres que se han salvado del tétano, y su caso clínico consta en el Colegio de Médicos de Madrid...

Pues bien, todo esto y algunas cosas, han logrado que el Arturiyo, en los medios taurinos, sea un hombre muy popular y que su vida trepidante y azarosa sea conocida por todos. Aparte de todo

esto, Arturiyo, en sus buenos tiempos —y aún hoy— fué un gran picador. Tan bueno, que es él quizá de los pocos picadores a los que el entusiasmo popular le llevó a hombros por las calles. En la historia del toreo, al popular Arturiyo le cabe el honor de haber dado el primer puyazo en la Plaza de Bogotá.

Y ahora, veamos lo que me dijo el Arturiyo, cuando posaba para Antonio Sánchez, en el estudio de la calle Tudescos.

—¿Cuántos años lleva usted picando, Arturiyo?

—Treinta y cuatro años, señor. Debuté en la Plaza de Madrid el año 1912, saliendo como reserva y picando tres toros. Aquella corrida la mataron el Chico del Imparcial, Valencia I y Saleri II.

—¿Tuvo éxito en la tarde de su debut?

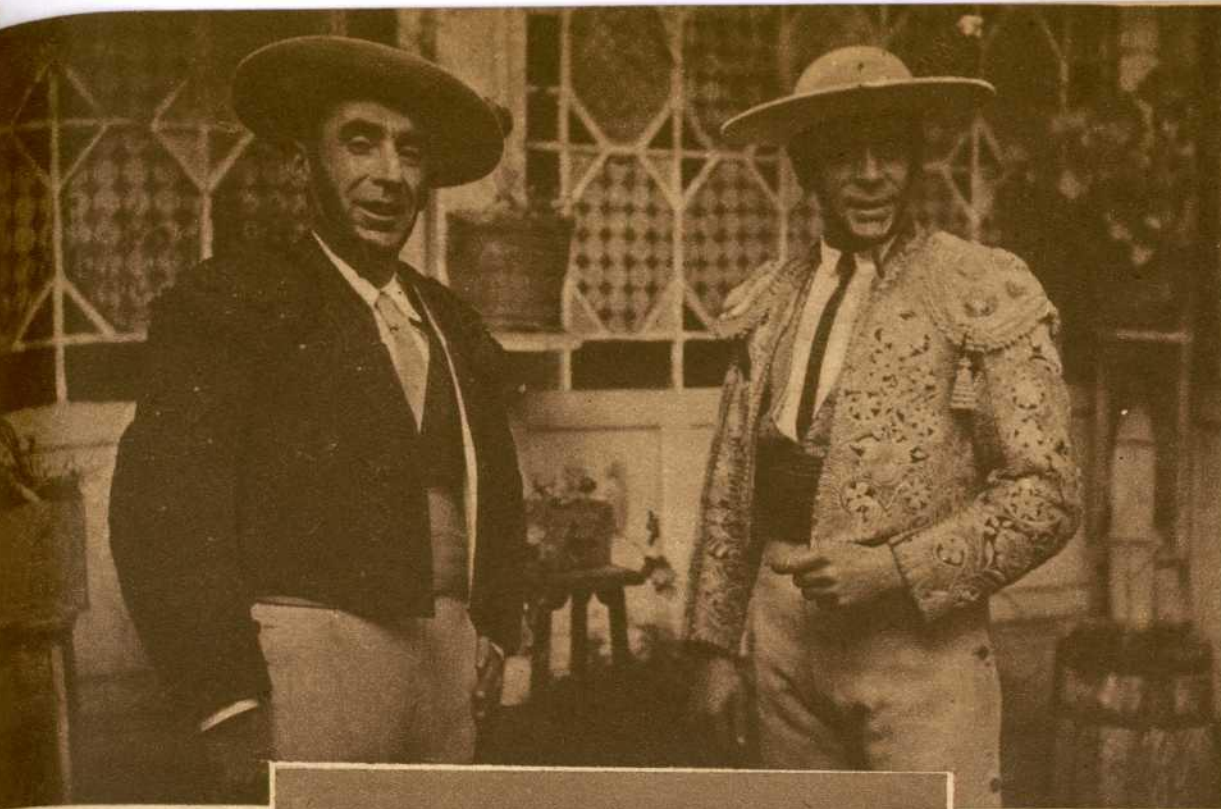
—Estuve bien... lo suficiente bien para que aquel mismo año actuase en todas las ferias de importancia.

—¿Con matadores fijos?

—No sé por qué, el caso es que he estado fijo con muy pocos matadores. Con las pocas cuadrillas que he formado, han sido la de Emilio Méndez, Angel Fernández, Angelete, Marcial Lalanda, y suelto, como decimos nosotros, he ido con todos los matadores, desde Manolo Martínez, Luis Freg, Gaona a Pepe Luis Vázquez. Tenga en cuenta que desde el año 12, hasta el 36, he picado todos los

Arturiyo, hace veinte años, cuando le sonreía la juventud y los éxitos





Arturiyo y Foronda, que hicieron juntos la campaña del año 30, por las Plazas de Colombia

Pepe Iglesias. Y como dato para usted, puede decir que yo fui el primer picador que hice el paseíllo, en la Plaza de Bogotá, donde la suerte de varas estaba prohibida. Por esto me cabe el gran honor de haber dado el primer puyazo que se daba a un toro en Colombia. Por cierto que después de este puyazo tuve que picar once corridas más en Bogotá.

—¿Cuál ha sido, Arturiyo, su mejor temporada? —Del año 24 al 36, toreé siempre en todas las ferias de España. Quizá mi mejor año fué el 24.

—¿Ahora, con sus sesenta años, se encuentra con ánimo para seguir picando?

—Sí. Aunque en años soy viejo, me encuentro muy bien, con valor suficiente para seguir en la profesión, para montar a caballo e ir al toro, por lo menos igual que otros picadores más jóvenes. Yo siempre he tenido fama de ser un picador muy duro, de mucho amor propio, y de no haberme marchado nunca a la enfermería por lesiones que no hayan sido verdaderamente graves.

—¿Quiere hablarme un poco de la suerte de varas?

El Arturiyo lió con parsimonia un cigarrillo y pidiendo antes permiso al pintor para dejar de posar, se acercó al sitio que ocupábamos y de un buen salto se sentó a horcajadas sobre una mesa, que era el único sitio donde podía sentarse en este estudio, ayuno de sillas o banquetas.

Dejó correr unos minutos antes de decirme...

—La suerte de varas es ahora mucho más fácil... y menos peligrosa. Antes había que montar los caballos sin peto y esto ya suponía una gran desventaja para el artista. Luego tenemos el toro. Es decir, el toro de ayer y de hoy... Y por último tenemos los caballos. En mi buena época los caballos eran mejores. Esto parece que va en favor de los picadores actuales y no... Los buenos caballos exigen un mayor dominio y necesitan ser más trabajados. Con todo esto se demuestra —petos, toros y caballos— que en mis tiempos la suerte de varas era más difícil y más peligrosa. Ahora —quiera Dios que así sea siempre— hay muchos menos lesionados que antes.

—¿Cómo concibe usted al buen picador?

—El buen picador debe montar muy bien a caballo y procurar dominarlo. Que nunca el caballo le domine a él. Luego, el caballo debe ir andando sesgado, que el toro arrancado venga al estribo del pie derecho, marcarle la suerte y antes de echarse sobre el palo mirar el morrillo. Hay que picar siempre fuera de la raya, porque en ese terreno el picador puede andarle al toro. Los que pican en las tablas son los que no se atreven a salir a buscar al toro, porque si el toro empuja, es mucho más fácil defenderse en las tablas que en la raya. La suerte de varas, amigo mío, como le he dicho ya, era difícil antes de salir el peto. Ahora hay más de 900 picadores, y antes... éramos unos trescientos.

—¿Se castiga hoy más a los toros?

—Sí. Como la suerte es más fácil, se castiga más.

es muy difícil que derribe. Por esta razón, el picador puede recargar más la suerte, se le puede pegar mucho más al toro. Antes, esto no era posible sino a fuerza de muchas varas, porque el toro prendía y nos derribaba con estrépito. Desde luego, el peto no resta ninguna bravura —como algunos dicen— al toro. Lo que consigue el peto es que el toro sea más castigado, que no es lo mismo.

—De esto se deduce que ahora se pica peor...

—No. Yo no he dicho eso. Es más, creo que ahora se pica bien... Pero se pica con menos riesgo y con enormes «facilidades».

—¿Quiere hablarme de los trucos de la suerte de varas?

—Uno de los trucos que el público conoce, es ese del caballo que va tapando la salida al toro, y como éste quiere irse, se va metiendo él mismo el palo. Esto no se debe hacer nunca, como tampoco puede hacerse esto otro: Cuando el toro desarma y quita el palo, volver a coger al toro. Tampoco se debe picar hasta que el matador deje el toro en la suerte, abierto, y el picador, andándole, pueda citarle para que se le arranque... Que es como hay que picar los toros: arrancados.

—¿Recuerda, Arturiyo, su mejor puyazo?

—El mejor puyazo se lo di a un novillo de Villagodio, en la Plaza de Murcia, el año 1923, toreando a las órdenes de José Viseras. Por cierto

El peto, más que nada, es una defensa del picador, porque el toro que no prende

que me ocurrió algo tan gracioso que se lo voy a contar.

El Arturiyo lía otro cigarrillo.

Hay una pausa larga, que al fin rompe el popular picador...

—Yo no iba a ir a esa corrida... Pero a última hora tuve que suplir a uno de los picadores de la cuadrilla de José Viseras. Cogí el tren y me fui a Murcia. Por la mañana me presenté al matador y a su apoderado. No les debió de agrandar mucho mi presencia, porque cuando me retiraba de la habitación, pude oír al apoderado que decía:

—Hay que ver la clase de picador que nos mandan... Con la corrida que hay encerrada en los corrales.

Estas palabras me dieron tanta rabia, que me volví, y encarándome con ellos, les dije:

—Oiga usted... Usted no puede hablar así porque no sabe la clase de picador que yo soy. Así que hasta que no se celebre la corrida, es mucho mejor que se calle.

—Se dió la corrida —sigue diciendo el Arturiyo— y resultó que al primer toro le di cinco puyazos enormes. El público me hizo dar dos vueltas al ruedo. En el segundo, mis compañeros —el de tanda y reserva— fueron a la enfermería y tuve que picar también este toro, ganándome una gran ovación con otros tres puyazos. Y como el toro siguió haciendo de las suyas, tuve que salir de nuevo. Antes de salir —la voz de Arturiyo tremola con emoción—, el público rompió en una ovación cerrada y tuve que dar la vuelta al ruedo sin haber picado siquiera. Luego, cuando me fui al toro, cogí otros cuatro puyazos... Los mejores, señor; los mejores que he dado en mi vida de picador. La que se armó después de la corrida, no está bien que lo cuente yo. Y, sin embargo, tampoco quiero callar que el público se tiró al ruedo, me cogió en hombros... y así me llevaron a la fonda, entre el júbilo popular. Por la noche, los aficionados murcianos organizaron en mi honor un banquete y una fiesta. Igual que este caso, quizá no se haya conocido otro en la fiesta... En Madrid, también me han tocado las palmas muchas veces. Y en Oviedo, un año que fui como reserva, tuve que picar los seis toros de Miura que se lidiaban. Alcancé un gran triunfo. Volví a Oviedo al otro año... y tuve que picar también seis toros y dos novillos... La voz del Arturiyo se va apagando poco a poco...

Suspira. De un salto se baja de la mesa, y dirigiéndose al caballete, le dice al pintor:

—Cuando usted quiera, don Antonio.

Y, antes de calarse el castoreño, un poco sentenciosamente, apunta:

—Son viejos recuerdos; quizá simples recuerdos... ¡Pero son toda mi vida!

Antonio Sánchez dió una pincelada más en el lienzo que con el título de «El picador» es el que aparece en la portada de este número de EL RUEDO.

CRUZ ERNESTO FRANQUET

Fotografía histórica, en la que vemos al Arturiyo dando un puyazo al primer toro que se picó en Bogotá



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



En ese día, inolvidable para los españoles, que fué el 9 de diciembre último, en el que se-
cientas mil personas expresamos
nuestra fe ante el Caudillo de Es-
paña, me encontré, en plena mani-
festación, con un breve grupo ale-
gre, fuerte y juvenil. El grupo lo
formaban Domingo González, Do-
minguín, y sus tres hijos, Domingo,
Pepe y Luis Miguel. Caminaban con
paso firme, estrechamente cogidos
del brazo, altas las cabezas y le-
vantados los pechos. Luis Miguel,
en un extremo, se cogió de mi brazo,
y así, durante unos minutos, mar-
chamos juntos lanzando al aire los
mismos jubilosos y enardecidos gri-
tos, expresivos de nuestros más en-
trañables sentimientos. Marchaba
muy a gusto con mi taurina compa-
ña cuando una de esas incontenibles oleadas de la multitud nos separó.
Unas horas más tarde me enteré de que Luis Miguel, Dominguín, ce-
lebraba el cumplimiento de sus veintidós años y fui a felicitarle. A modo
de saludo y justificación, le dije: «Esta mañana nos hemos perdido...»
Y Luis Miguel, rápido y natural, me contestó: «No, esta mañana nos
hemos encontrado, para no perdernos nunca, todos los españoles».



La frase, sin duda afortunada, me recordó aquel brindis al Caudillo
en la corrida de Beneficencia, «a quien de verdad tiene la mejor muleta
de España». Luis Miguel, pensé, como tantas veces demuestra en los
ruedos, hace pasar por la cabeza todas sus emociones para dominarlas,
para mandarlas reduciéndolas a formas, a modos, a una manera muy
personal de hacer y de ser. Luego le pregunté qué posición había sido
la suya al plantearse la cuestión del convenio hispanomejicano, y no
puedo resistirme a hacer de sus rotundas afirmaciones final de este
«Pregon», que le brindo en sus veintidós años tan logrados ya, como pro-
metedores de altísimas hazañas. Dijo así, casi textualmente:

—No he tomado ninguna posición, porque a mi entender el inter-
cambio, si existe, debe ser sin limitaciones, porque el arte no tiene
fronteras. Creo firmemente que ni allí ni aquí se triunfa al amparo de
ningún convenio, sino por los auténticos merecimientos de cada uno.
En cuanto a eso de que yo vaya o no a Méjico, es otra cuestión que
tengo resuelta desde que se restableció el intercambio después de aque-
lla aparatosa ruptura de 1936.



Inocente
es el vino para copear

VALDESPINO
JEREZ

EL PLANETA DE LOS TOROS

Una corrida verdaderamente extraordinaria

VAMOS a ver! —decía Se-
bastián Miranda, cuando
le dejamos con la pala-
bra en la boca en nuestro an-
terior artículo—; es evidente
que, aparte de un núcleo de
aficionados que tienen muy
arraigado el vicio de ir a los
toros a pontificar y a dirigir
la lidia desde sus asientos, la
mayor parte de los especta-
dores van a la Plaza a diver-
tirse por las buenas, cosa que
a un revistero de los antiguos,
no recuerdo quién, le indigna-
ba sobremanera, hasta el
punto de increpar a un vecino
suyo de localidad: «¡Señor
mío, aquí no venimos a diver-
tarnos!» A lo que objetó el es-
pectador: «¡Yo, sí; cuando
quiero aburrirme leo las revis-
tas de usted!». Pues, bueno;
estos espectadores que van a divertirse, lejos de conseguir su
propósito, la mayor parte de las tardes salen indignados y pro-
metiéndose a sí mismos el no volver más. ¿Este aburrimien-
to a qué es debido?

Ya lo dijo Pepe Moros.
ese que trafica en cueros.
cuando hay toros no hay toreros.
cuando hay toreros no hay toros.

¿Por qué hemos de aceptar esto como ley fatal e irreme-
diable? ¿Por qué no hemos de intentar se logre la conjunción
del toro y el torero en una tarde sin someternos al azar? A
pesar de ser ya viejo, no caigo en el común achaque de creer
que mi época fué la mejor. Con la única excepción de Juan
Belmonte, padre y creador de todo el toreo actual, hay que
convenir que en estos días se torea mejor que nunca, aunque
lamentablemente, con falta de emoción. Mi buen amigo José
María de Cossío me refería que, en cierta ocasión, después
de haber visto toda la tarde torear a varios ases en una tien-
ta, le preguntó el ganadero: «¿Has visto torear mejor en to-
da tu vida?». «No señor —le contestó—, ni tampoco me he
aburrido nunca más». En cuanto a los toros, aunque les falta
la fiereza y el nervio que antes tenían, también son más
bravos, más nobles y pastueños, más cómodos, dicho en la jer-
ga taurina. Tenemos, pues, toreros y toros. Todos estos con-
siderandos me traen de la mano a exponer mi teoría. ¿Por
qué no se ha de permitir al torero que alguna vez elija los
toros que ha de torear? El pintor escoge su modelo, el can-
tante su ópera, el escritor su tema. Únicamente el torero ha
de someterse fatalmente a lo que salga por los toriles, tenga o
no condiciones de lidia. Bien se me alcanza que cada toro tiene
la suya adecuada y que el buen torero saca partido de todos.
Conformes. Y esto, en general, está bien que así sea. Sin em-
bargo, la lidia del toro manso, ordinariamente, suele ser bastan-
te aburrida. Se me argüirá también que los toreros ya tienen sus
ganaderías predilectas y que los ganaderos crían sus toros
para que se los toree Fulano y Mengano. Pero no es lo mis-
mo, y estamos hartos de que precisamente los que salen me-
jores les toca a los protegidos de los ases. Nada de dejar las
cosas al azar. Organícense en la temporada cuatro o cinco
corridos extraordinarios —y así se le daría a esta palabra su
verdadero sentido— en Madrid, en Barcelona, en Valencia o
en Plazas de parecida importancia. Anúnciense tres toreros
y seis toros. Hasta aquí exactamente igual que en una corri-
da cualquiera. Y ahora empieza lo extraordinario. Cada bille-
te —naturalmente en relación con su precio— costaría cinco
duros más. Este plus se aplicaría a comprar treinta o cuarenta
toros, los que se pudiera, de las mejores ganaderías. Se da-
ría suelta al primero, y si éste, a juicio del primer espada, no
presentaba las condiciones precisas para su lucimiento sería
devuelto al corral y saldría otro, y si tampoco éste, otro, así
hasta seis para cada matador. Y es seguro que el espectador
se iría de la Plaza con la satisfacción de haber visto la lidia
perfecta de seis toros. Y todo por veinticinco pesetas más que
en una corrida ordinaria.

Sebastián Miranda, al llegar a este punto, dejó de ha-
blar. He procurado transcribir literalmente sus palabras.
Todos sus oyentes quisieron contestarle: los unos, indigna-
dos; los otros, sonrientes. El les atajó:

—Presumo la cantidad de argumentos que se me opon-
drán. Los oiré con mucho gusto y en lo que pueda los rebati-
ré. Ya lo verán ustedes. Tengan calma. La idea es viable, aun-
que a primera vista no lo parezca. Escúchenme, por favor.

Lector, tengamos calma. Escuchemos lo que falta. Y ya
discutiremos después. Nosotros, aquí, en estas páginas aco-
gadoras de EL RUEDO. Vosotros, allá, en vuestras tertulias.
Aun estamos en diciembre, y hasta marzo hay tiempo.

ANTONIO DIAZ-CANABATE

EL PROBLEMA DE LAS PUYAS

¡ENTREN PUYAS Y SALGAN PALOS!



El marqués de Lacadena (don Indalecio), visto por Sala

Acude hoy a consumir un turno en este debate sobre las puyas uno de los críticos taurinos españoles más competentes: Ramón Lacadena, marqués de Lacadena, que ha prestigiado el pseudónimo de Don Indalecio.

Ramón Lacadena une a su capacitación para juzgar de las cosas actuales, una copiosa cultura tauromáquica, como poseedor de una de las mejores y más nutridas bibliotecas de cosas de toros.

Su interesante opinión sobre este tema de las puyas es ésta:

NO hace muchos años, cuando la temporada agonizaba, quizá en algún bullicioso día de la feria del Pilar, Eduardo Pagés, el llorado amigo, me dijo:

—¿Por qué no hace usted una campaña durante el próximo invierno en contra de la puya actual? Ha disminuido el poder del toro; seguimos con la misma puya de antes, y la cosa resulta inadmisibile. ¿No le parece oportuna la campaña con que le brindó para sus trabajos invernales?

Y me lo parecía; pero no hice nada. Quizá se me pasó el tiempo entre resúmenes y estadísticas, que complacen a muchos para establecer comparaciones e iluminar sus capillitas.

Jesé María de Cossío nos acercó con más eficacia al tema, también en los finales de temporada, con los brazos abiertos del director de esta revista, para los que gustásemos «bajar al redondel». Requerido para el caso, leo, y olvido para este momento de venir con mis cuartillas, lo que críticos, aficionados de pro y ex toreros de campanillas tienen dicho ya en estas columnas, pues me interesaría, en lo posible, dar una opinión sin reminiscencias anteriores.

En tal supuesto vanidoso, yo pido puya nueva, peto remozado, espada comprensivo, picador que no se pase de rosca y público sin tendencia a la sensibilidad. Un todo contrario a lo que pide aquel refrán español de: «Vino viejo, oro viejo, trigo viejo y un viejo para consejo.» Pido puya nueva, con la

concesión de que pudiera tener más de los 29 milímetros actuales; pero a condición de que el tope, sea cordelillo, arandela, aspa o barreta giratoria, también los tenga, para que haga imposible que tras los 29 milímetros autorizados se cuelen los dos palmos de vara, introducidos con regodeo del matador, que entiendo que si el palo no sale tinto en sangre, el toro se quedé sin picar, y, como consecuencia, el picador se queda... sin puesto en la cuadrilla.

Hay que impedir que los primeros tercios sean homeopáticas, con un solo puyazo «de largo metraje», como anunciaban las películas en los tiempos heroicos del cine, para que así los espadas no tengan que brindar al sol antes de hora, y montera en mano, en petición de árnica, solicitar una limosnita de piedad para el pobrecito becerro «que no lo puede ganar», porque ya no se puede sostener.

¡No! Con la puya de los milímetros que sean, pero exactos, sin chorrada ni pitanza, no será necesario que los espadas, hoy sí y mañana también, sean «sinmonteristas», que a los aficionados que hemos calentado los asientos de tantas Plazas durante tantas temporadas, nos molestan las monteras al viento, en gesto de conmiseración hacia el torete, que entre todos lo mataron, pero él solo se murió. La montera, en la cabeza, y si es necesario, con el barboquejo en acción de servicio.

Mas otra cosa nueva pedía yo, y era el peto. Un peto al que podría aplicársele la vieja copla de:

Asómate a la ventana
y me verás en la calle,
con una chaqueta nueva
de una vieja de mi padre.

Digamos, como en los ensayos teatrales: ¡Atrás, a la salida del caballo con el peto! Con el primitivo, con el que era peto, no con esta armadura de ahora, que rodea totalmente al jamelgo de proporciones y peso antirreglamentario, que le impide a aquél toda movilidad y que autoriza al de arriba para poner en juego todas sus tro-pelías y todas sus cariocas. Un puyazo del tiempo preciso, sin «reincidencias» en la colocación de la pica, cuando la pica se escapa o cae en sitio poco apto para menores; un puyazo que pueda ser repetido en tanto el toro no esté suficientemente castigado, que para castigarlo precisamente se estableció la suerte de varas.

Y aquí llego a la exigencia de otra «novedad»: la novedad que reemplace a la masa moderna y sensiblera que se duele de los puyazos en el toro como si fueran trazados de bisturí en su propia carne, e impide, con sus protestas airadas, que la suerte se realice el número de veces que la edad y el poderío del toro requieran, coaccionando a los presidentes ignorantes por obligación y a los asesores ineptos por voluntariedad para prematuros cambios de tercio, como concesión fácil a los que tienen ojos y no ven y oídos y no oyen —ojos y oídos de aficionado—, aunque se hayan dejado los billetes en taquilla.

Yo sé que en muchos casos el público «de masa» tiene razón. Pero en otros muchos, no. Y como el toro algunas veces lo es, como

ha ocurrido en la temporada anterior, y hasta tiene sus cinco años y todo, no se puede dar beligerancia a los que lanzan gemidos de dolor al segundo puyazo, lo mismo con el toro «toro» —como los que piden café «café»— que con el becerro, malcomido de hierba, y que, en cuanto al peso exigido en el papel, se encuentra «en estado de merecer».

Marcha atrás, digo de nuevo; vuelta a los primeros tercios con seis o siete varas, que castiguen poco a poco, y suprimáanse estos primeros tercios de ahora, que arrojan la cifra total de cinco varas y cuatro centímetros entre los seis toros, que salen de su única acometida —¡los pobres!— en disposición de hacer testamento.

¿Pido demasiado? ¿Exijo demasiadas cosas nuevas, como son la puya, el tope, el peto, el picador, el espada y el público? Creo que no. No quiero primeros tercios «de leyenda», que no existieron. Pero tampoco quiero ver a un picador montado en la muralla china con una bomba atómica debajo de su brazo. Y en tanto se despacha a su gusto, el «matador» «está leyendo el «Rocambole» hasta que le llega el momento de interrumpir la lectura y de salir correteando hacia los medios con unas vistosas «chicuelinas».

DON INDALECIO

CONFESIONES DE INVIERNO

Don PEDRO BALANÁ, empresario de las Plazas de Toros de Barcelona, durante veinte años, explica cómo organiza sus temporadas

HACE muchos años, cuando Eugenio d'Ors mantenía una sección permanente en la Prensa barcelonesa, acostumbraba a decir que él, estuviese donde estuviese, lejos o cerca, preocupado o sereno, con tráfagos o en asueto, escribiría su *Glosario*; y al quebrarse una vez la estilografía y adquirir otra, escribió, sin interrupción de la diaria labor, aquella frase que decía «la santa insistencia».

A ella nos acogemos para continuar escribiendo de toros en los meses invernales, no obstante la monotonía cotidiana que nos rodea; y para romper esta abrumadora uniformidad diaria, lo mejor que podemos hacer es aprovechar lo cotidiano extraordinario, que en este caso no es otra cosa que la persistente gestión del empresario barcelonés al frente de las Plazas de Toros —Arenas y Monumental— de la capital catalana.

No recordamos de empresario taurino alguno que, como don Pedro Balaná y Espinós, haya desarrollado sus actividades por espacio de veinte años consecutivos; empezó las mismas el 13 de febrero de 1927, con una novillada en la que Enrique Torres, Carlos Sussoni y Vicente Barrera lidiaron seis reses de Murube, y fuerza es reconocer —dicho sea sin comentarios líricos ni riego de retórica— que en este lapso de tiempo ha dado a Barcelona un auge taurómico que nunca tuvo, pues lleva varias temporadas celebrando más corridas de toros que en ninguna otra capital.

Las estadísticas nos dicen que durante esos cuatro lustros —excepto la solución de continuidad impuesta por la guerra civil en parte del año 1936 y la totalidad de los dos siguientes— se han efectuado en la Ciudad Condal 501 corridas con espadas de alternativa y 340 novilladas con caballos, amén de numerosos espectáculos de carácter económico, y esto permite suponer la enorme cantidad de experiencia acumulada por el que en la actualidad es decano de los empresarios de toros, puesto que durante tanto tiempo —con «santa insistencia» también— ha intervenido directamente, personalmente, sin extrañas injerencias, en la contratación de toreros y en la adquisición de reses de lidia.

Después de ver formada esta espesa y frondosa selva, ¿qué resortes ignorados pueden existir para el señor Balaná en un negocio tan complicado y quebradizo como es el de los toros, movido siempre por un engranaje de circunstancias que suele dar frecuentemente efectos contrarios a los mejores propósitos? Y dentro de éstos, ¿no habrá que



Andrés Gago, en Sevilla, con el popular empresario

señalar impulsos puros y espontáneos ajenos a la acción de los motivos exteriores y al cálculo de la utilidad?

Empresario hasta 1952, y, posiblemente, por otros seis años más.—La perfección del toro de hoy.

Veinte años de empresario de toros es toda una ejecutoria; la conmemoración de este dilatado coto de tiempo se impone brindándonos un trabajo informativo, y como esta conmemoración puede celebrarse con la certeza de una continuación de sucesos promovidos por el mismo señor Balaná, y no como cosa aislada al margen de la historia viva, con don Pedro nos hemos puesto al habla, para someterle a un interrogatorio del que esperamos que broten ideas, frases, observaciones, señalamientos y hasta subrayados que puedan ser interesantes, cuyo pliego de preguntas ha empezado con ésta:

—¿Hasta cuándo tiene usted el contrato de arriendo de las dos Plazas?

—El nuevo contrato de arriendo, que empezó a regir en el mes de enero del actual año 1946, es por seis años, plazo que, cuando expire, será prorrogable, a mi voluntad, por seis años más.

—No es flojo aditamento al largo período de su actuación hasta la fecha.

—¡Son veinte temporadas de lucha con apoderados, toreros y ganaderos y de sometimiento al fallo inapelable del público, que se dice pronto! ¡Considere el caudal de conocimientos de índole práctica que he podido amontonar! Y como las reacciones de todos esos factores —público, ganaderos, toreros y apoderados— siempre son las mismas, he llegado a la conclusión de que puedo arrogarme a veces el título de profeta. Calcule usted, además, los sinsabores y las amarguras que habré devorado en silencio.

—Pero también habrá experimentado usted alegrías y satisfacciones.

Balaná presenciando una corrida, atento «a lo que pueda ver»

—Evidentemente. ¡No faltaba más! Gracias a ellas he podido evitar que se derrumbase mi sistema nervioso.

—Puesto que de su experiencia hablamos, ¿puede decirme qué opina del toro actual?

—Yo creo —nos dice— que el toro, en su marcha evolutiva, ha llegado a un grado de perfección sin precedente en la historia. El arte de torear es ahora un complejo de inteligencia, corazón y sentimiento de la belleza. Antaño, reducíase el espectáculo a matar al toro con seguridad y maestría; en la actualidad, se torea a las reses antes de matarlas, y esto constituye una vasta serie de lances rebosantes de emoción, arte y belleza estética francamente imponderables, lo cual quiere decir que la fiesta camina hacia una perfección de prototipo que sería temerario señalar.

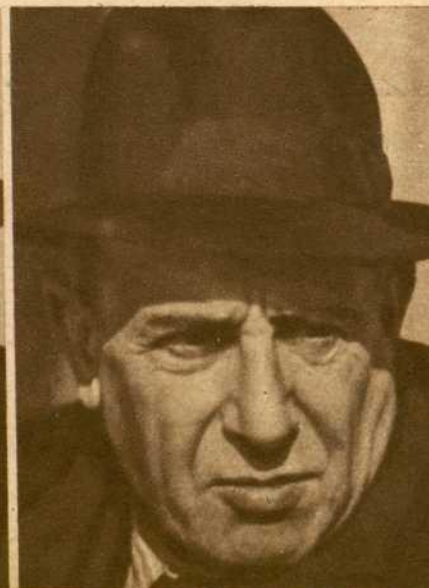
¿Cómo fué que Rovira torease doce corridas en Barcelona?

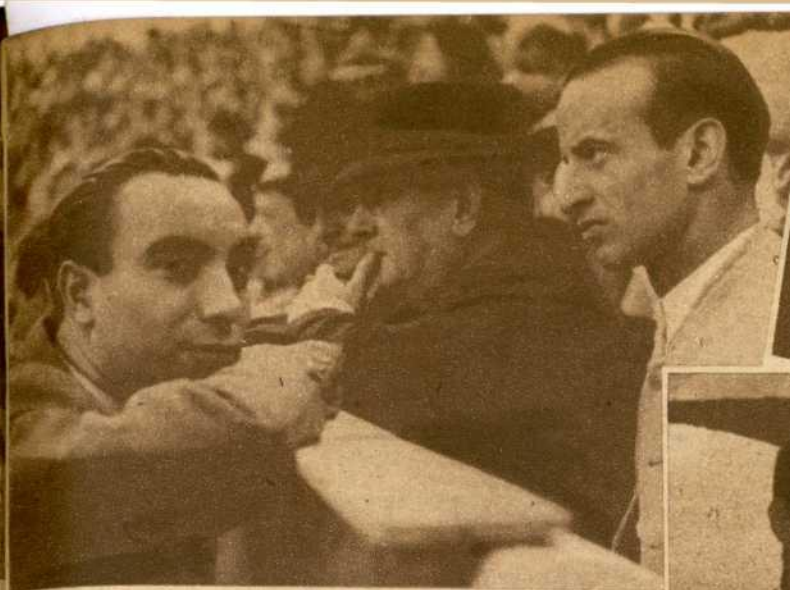
—Oiga usted: se ha comentado bastante que en la última temporada torease Rovira doce corridas en Barcelona. ¿Qué circunstancias han podido influir para que así fuera?

—A todos los diestros que ofrecen posibilidades, les facilito medios para que den de sí cuanto lleven dentro. En una corrida no se puede graduar a un artista debidamente. Para conocer con exactitud lo que puede haber de suerte o de desgracia en la labor de un torero, es decir, para que éste ponga de relieve lo que es en realidad, son necesarias varias actuaciones. Este criterio, que vengo aplicando hace veinte años, y no otra cosa, explica el número de corridas que di a Rovira. Luego, el público y el diestro dicen la última palabra. Claro es que no siempre ha quedado incorporada una nueva figura al toro con este sistema; pero es el único, a mi juicio, para descubrir nuevos valores.

—¿Quiere usted citarme algunos ejemplos?

—Los conoce usted tan bien como yo; pero voy a recordarle los de mayor bulto: Vicente Barrera, novillero en 1927, actuó frecuentemente en Barcelona y aquí suma más novilladas que ninguno; Domingo Ortega, tras aquellas cuatro históricas actuaciones suyas como matador de novillos al final de 1930, base de su reputación, aquí toma la alternativa en marzo de 1931, y Barcelona señala su mayor cupo de corridas en tal temporada; Manolete viene ya como matador de toros, y en los primeros años pone reparos a actuar con frecuencia porque abriga el recelo de «gastarse»; pero yo le hago rechazar tales excusas y logro que toree en mis Plazas cuantas fechas tiene libres, y así pudo sumar en Barcelona 14 corridas en 1942; Carlos





En el burladero, acompañado de Alvaro Domecq

Arruza toreó en Madrid el 18 de julio de 1944, antes que en mis Plazas; pero, por lo visto, y aun habiendo logrado un éxito muy lisonjero, no advirtieron, quienes debían fijar en ello su atención, las dimensiones artísticas del diestro mejicano, y fueron las cinco corridas consecutivas que inmediatamente después toreó en Barcelona las que le abrieron las puertas de la fama e hicieron que en dos meses torease nueve veces aquí...

—Vamos, que practica usted «la santa insistencia».

—Eso mismo.

Cómo organiza Balaña sus temporadas. Por qué torean los ases tantas corridas en Barcelona.

—Así, pues, ¿cómo organiza usted sus temporadas?

—De lo anteriormente expuesto se infiere que las organizo sobre la marcha. Mire usted: aparte los toreros consagrados por todos los públicos, diestros que torean en Barcelona más que en parte alguna desde que yo soy empresario, los que más actúan son aquellos que mejor despiertan la pasión del público o producen mayor interés, aunque éste sea a veces esporádico. Además, siempre estoy pendiente de toda contingencia, de que aparezca un nuevo valor, y esto me facilita mucho la organización de espectáculos. Y en cuanto a toros, adquiere una o dos corridas de cada una de las ganaderías de primera nota y una de las demás.

—En efecto, los espadas consagrados por todos los públicos torean en las Plazas de usted más corridas que en ninguna otra, y esto me induce a preguntarle por qué, mientras rehuyen actuar en Madrid, se perecen por hacerlo en Barcelona.

—Yo entiendo— dice pausadamente— que ello se debe a una causa inmediata y a otra remota. La inmediata es que los rectores de los asuntos taurinos en Madrid no ponen la debida solicitud en sus primeros contactos con los diestros cuando éstos son una promesa más o menos cierta, sino que reservan toda su atención hacia los mismos hasta que son una realidad viva. Recuerde usted lo que he dicho antes a propósito de Arruza. Esto, en mi concepto, enajena a dichos dirigentes la buena voluntad de los toreros, y, además, supone poca flexibilidad. Y la remota es que el ambiente taurino madrileño no ha seguido un ritmo al compás de la evolución de los artistas del toreo. Quiero decir, que se ha roto la armonía entre el concepto que en Madrid se tiene del toro de lidia y el que tienen los toreros con vistas a la realización de supremas faenas, cuajadas de belleza y emoción, concepto, por otra parte, que no excluye el peligro cierto que encierra la acción de torear.

El mayor o el menor peso de los toros

—Luego, implícitamente, viene usted a decla-



Con Manolete y Arruza, los dos toreros que él contrató muchas veces para sus plazas

rar que en Barcelona se lidian toros de menos respeto que en Madrid.

—No dé usted una significación tan absoluta y de tal alcance a mis manifestaciones en este sentido. Si en Barcelona se imponen multas a los ganaderos, lo propio ocurre en Madrid; entre las corridas de mayor peso, figuran algunas de las lidias aquí; si en Madrid, o en otras Plazas de primer orden, se lidian toros de bandera, lo propio ocurre en Barcelona, y bien recordará usted que este año se ha dado la vuelta en el arrastre a algunos de ellos. Por otra parte, no es la afición barcelonesa menos celosa de sus derechos y prerrogativas que la de cualquier otra capital, de manera es que...

—No deje el tema en el aire y dígame: ¿Cree usted que en la temporada próxima darán los toros más peso que en las últimas?

—Depende de las circunstancias climatológicas. Si el invierno es lluvioso y podemos disfrutar de una primavera con las dehesas cubiertas de pasto, los toros comerán a placer y se nos ofrecerán robustos y lustrosos, aparte que un buen invierno provocaría la baja de los piensos secos.

La propaganda y los precios de las localidades

—¿Cómo hace usted la propaganda de sus corridas?

—La mejor propaganda es un buen cartel de toreros y toros. Mis resortes de reclamo, como usted no ignora, se reducen a una profusión de carteles, a unas gacetas en la Prensa local y a unas charlas por las emisoras de la Radio. Pero si el cartel es flojo, toda propaganda equivale a pretender sacar aceite de un ladrillo. Recuerde aquella corrida del año pasado en la que por primera vez

“Facilito medios a los toreros para que den de sí cuanto lleven dentro”, o la “santa insistencia”.

“Yo llevaría la Plaza de Toros de Madrid exactamente igual a como llevo las de Barcelona”

torearon juntos Manolete y Arruza: se agotó el papel antes de fijar los anuncios y de dar cuenta los periódicos. La propaganda ayuda, eso sí; pero en la citada corrida, como de buenas a primeras no quedó en venta ni una andanada, ordené que no se fijara más cartel que el de la taquilla.

—Como para poner en movimiento a esa gran masa influye no poco la cuestión de los precios, escuche: ¿No es posible abaratar la fiesta?

—Teniendo en cuenta que el encarecimiento de la vida se ha reflejado en el precio de todo género de espectáculos, hasta formar un conjunto íntimamente ligado, no se abaratará la fiesta mientras ese conjunto de la economía —el que forman la pública y la privada— no recobre la normalidad.

Si usted fuera empresario de la Plaza de Toros de Madrid...

—Recogiendo impresiones, conjeturas y comentarios que andan esparcidos, y fijando en tales hablillas una curiosidad acaso impertinente, querría que me manifestara usted si opina que se podría regir la Plaza de Madrid de otra manera que no fuese la actual.

Don Pedro Balaña vuelve a sonreír enigmáticamente; pero sin pararse a meditar, dice de un modo claro y rotundo:

—Yo llevaría la Plaza de Toros de Madrid exactamente igual a como llevo las de Barcelona. Es una cosa temperamental. Allí reflejaría mi manera de ser y obrar exactamente lo mismo que aquí, por la misma razón que la Empresa de Madrid explotó las Plazas de Barcelona, durante los tres años anteriores a mi gestión, de igual manera que rige la Plaza de Madrid.

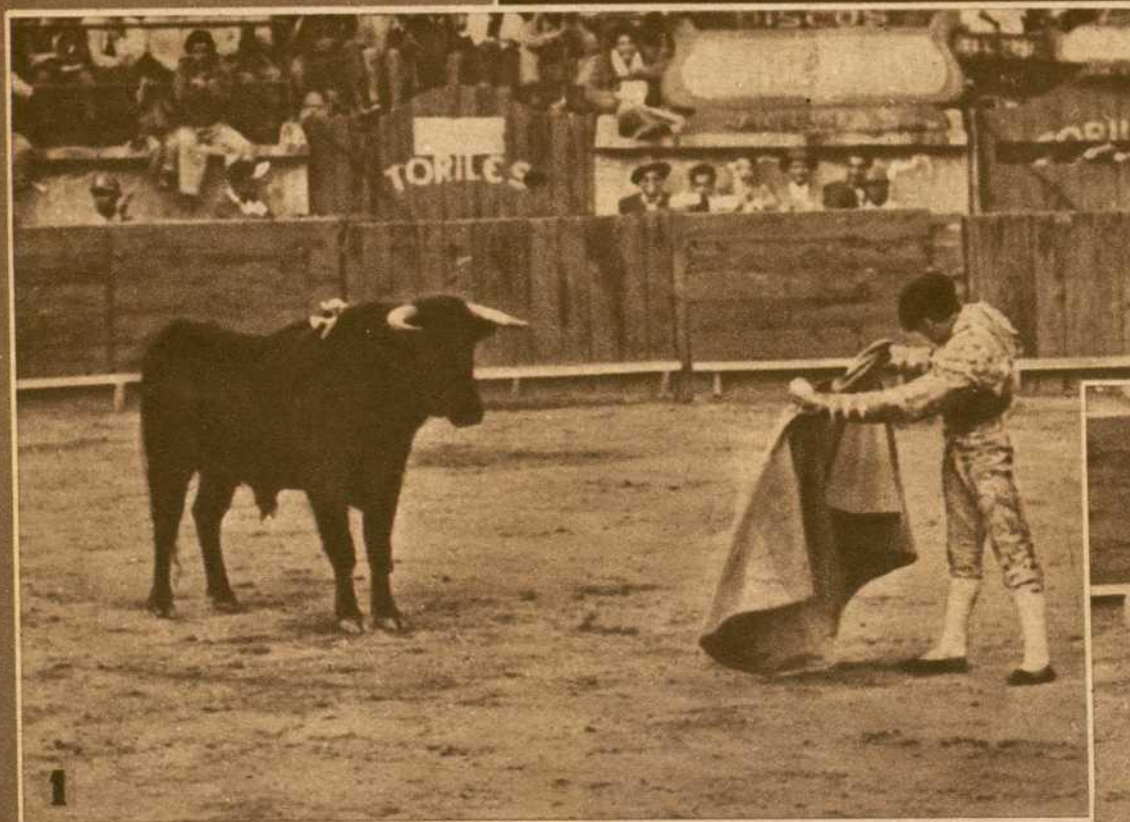
No hemos querido prolongar el diálogo.

¿Cuestión temperamental, ha dicho el señor Balaña? Ella informa, sin duda, todas sus actividades como empresario. Glosando sus manifestaciones, pudiéramos decir que la piedra angular de la otra levantada por él a lo largo de cuatro lustros; la situación que ocupa respecto de otros empresarios, y que le ha permitido dar a Barcelona una primacía que nunca tuvo en orden al número y la calidad de los carteles que aquí tenemos; todo, en fin, cuanto ha dado relieve a don Pedro Balaña, está en el oportunismo que ha mantenido siempre como divisa. Y la razón de ese oportunismo se halla en su posición optimista, en «la santa insistencia» y en una fe que no le abandona, virtud teológica que muchos empresarios olvidan y otros no han aprendido a tenerla.

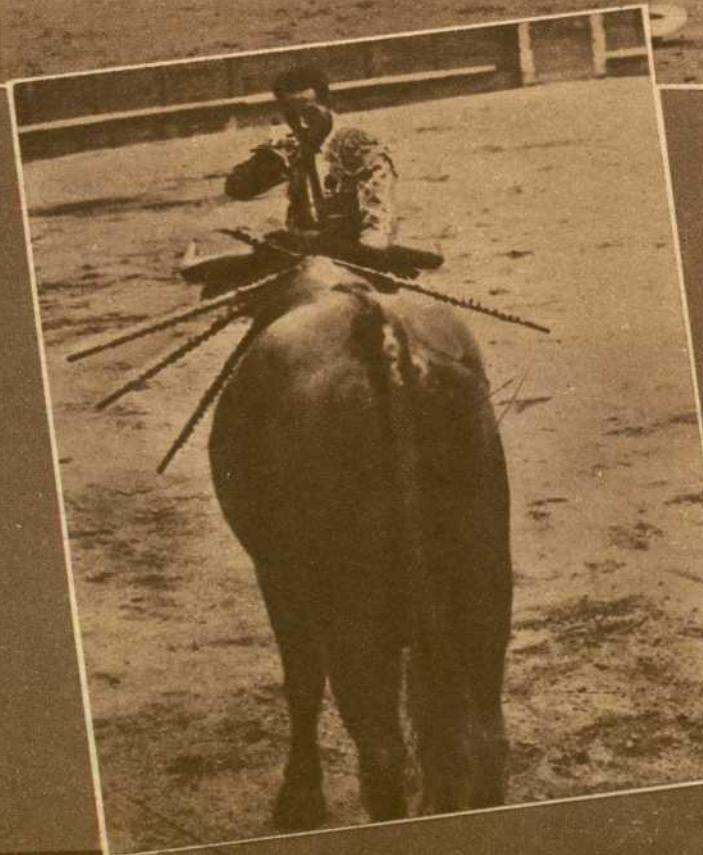
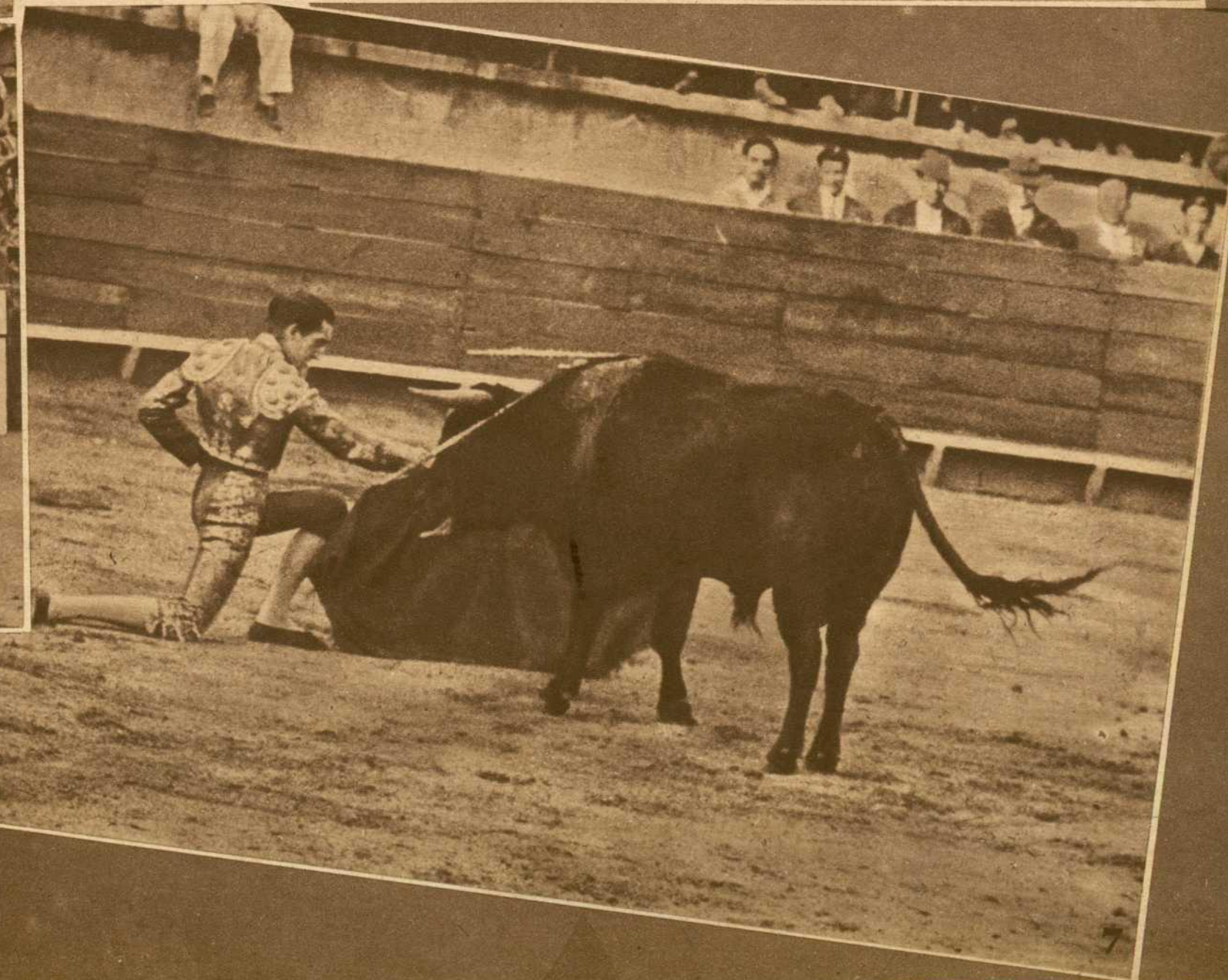
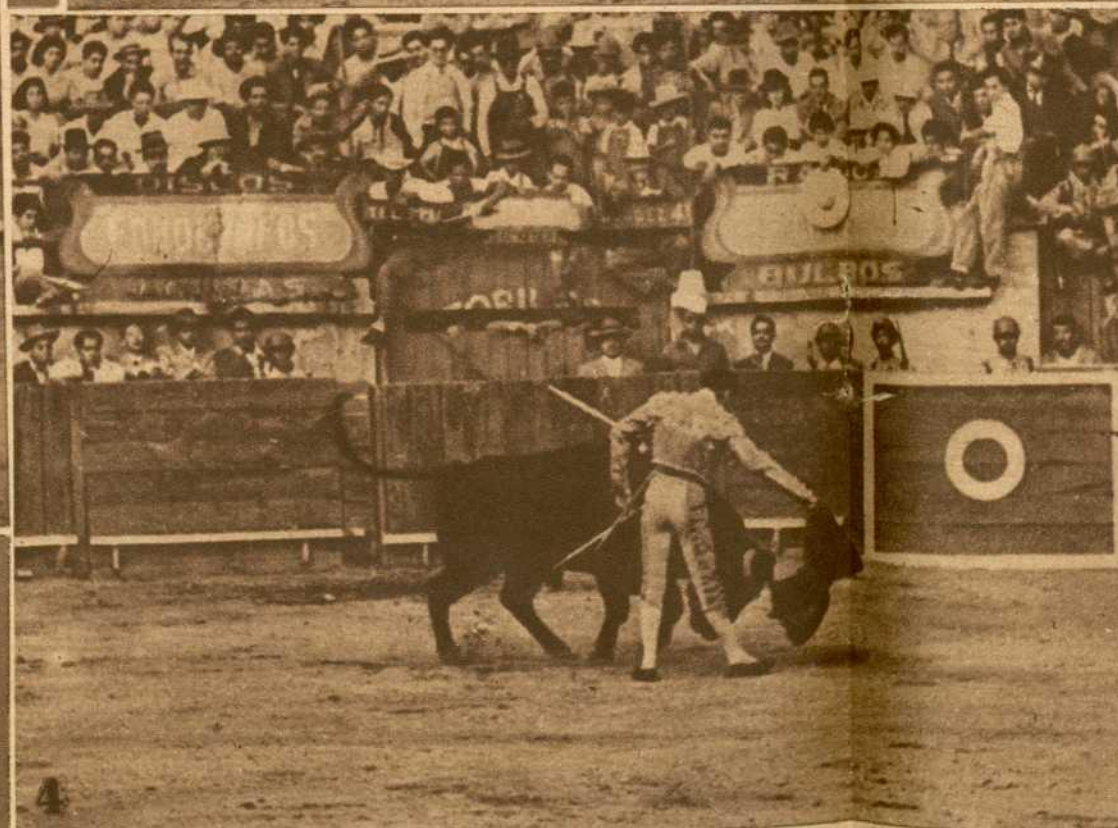
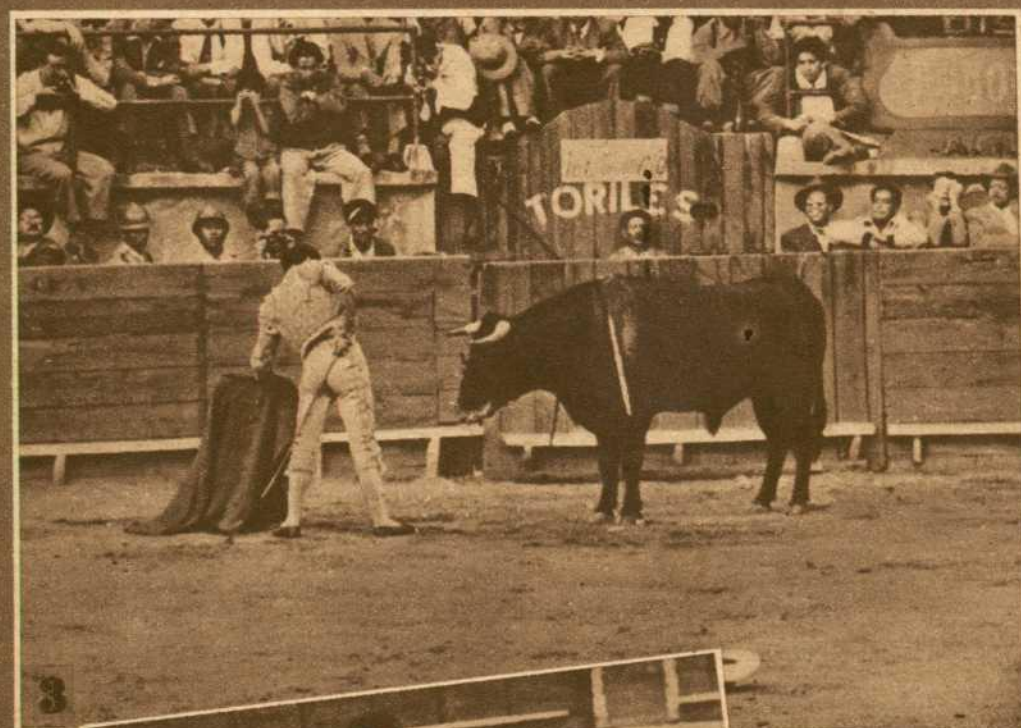
DON VENTURA



LAS CORRIDAS EN LOS ESTADOS MEJICANOS



El primer encuentro Manolete-Lorenzo Garza se verificó en Irapuato (Guanajuato) el 20 de noviembre, con toros de La Punta MANOLETE y GARZA cortaron la oreja de uno de sus toros



1. En Irapuato (Guanajuato) ha ocurrido el día 20 de noviembre pasado el «primer encuentro» Manolete-Lorenzo Garza, al volver éste a los ruedos. Escribimos eso de «primer encuentro» un poco a la manera deportiva, porque la referencia mejicana nos llega así; pero ¿es en serio eso de una competencia Manolete-Garza? ¡Formalidad, un poco de formalidad! Tanta, como es la distancia torera del monstruo de Córdoba a Garza, el mejicano que formó pareja con El Soldado por las Plazas españolas. Aquí aparece Garza citando con la capa a un toro de La Punta, que no es precisamente una fiera... — 2. Un remate de Lorenzo Garza en el toro del que cortó la oreja. (Porque en su primero dió el «mitin» y escuchó un aviso.) — 3. En ese mismo toro del éxito, Lorenzo Garza porfia con la izquierda a un toro mansote, que se ha refugiado en las tablas. — 4. Y luego le pasa con la derecha, porque el animal embiste mejor por ese lado, y porque es más fácil... — 5. Luciano Contreras, el veterano matador que pasó en esta corrida sin pena ni gloria. Con más pena que otra cosa, porque desperdició los dos toros mejores. — 6. Manolete, en este «duelo» con Lorenzo Garza, obtuvo un gran éxito en el primer toro que lidió y del que le fué concedida la oreja. La fotografía nos le presenta «arrebujado» con el toro de La Punta en una cefidísima manoletina. — 7. Más tarde, con el toro ya dominado, Manolete se lo pasa, rodilla en tierra, en un adorno que él no suele prodigar, porque realiza cosas más importantes, pero que va siempre bien cuando se lleva bien andado el camino del éxito (Reportaje Cifra-Gráfica)

CABALLO DE PICADOR

(HISTORIA DE TRES ESTAMPAS)

Dominós de dentaduras
amarillas...
Cordilleras de costillas
bajo las torpes monturas...
Esqueletos del torero,
yo saludo
vuestro tétrico paseo
y vuestro miedo desnudo...
Mugrienta tropa
guerrera,
con un escudo de estopa
junto a la lanza piquera.
Cuenta negra en el rosario
dorado de la cuadrilla...
Pasodoble funerario
que acaba en la pesadilla
de vuestra sonrisa fea,
torva de angustia y de miedo
en la muerte..., sin pelea,
que os ha citado en el ruedo.

Picadores,
canos, broncos, dura mano...
sobre el caballo alazano
de los galopes mejores,
que montaban los señores.
Bloque de barro, de greda;
torpe oficio,
gesto prieto
ante el bullicio...
¡sobre el caballo careto
que tuvo la piel de seda!

Caballos de ojos humanos,
por donde pasan triunfales
glorias de los días lejanos
entre sudores mortales...

EL CABALLO SEÑORITO

Por la Sierra cordobesa...
¡Cómo galopa el caballo
del coche de la condesa!

Tan orgulloso y bonito,
con tan fina jerarquía
en la gracia del braceo,
que se ve que es señorito
que sale un día
de paseo.

Y la condesa, una rosa
que prendió en la ventanilla,
saluda al pasar gozosa
al mayoral de la trilla,
que, al verla fresca y sonriente,
echa al viento
un maldito pensamiento...
mientras se seca la frente.

Una condesa bonita,
que ya bordea los cuarenta
y no le sale la cuenta,
un día cita
al mayoral.

—Adelante, Pascual.
No pongas la cara seria...
Quiero vender el caballo.
Mañana vete a la feria
con él... ¿Qué callas...?
—Pues... callo,
¡que aquel que no sirve... pesa!...
—¡No te consiento!
—Lo siento...
Perdón, señora condesa.

EL CABALLO LABRADOR

El otro ha nacido hermano
del surco, profundo y recto,
del paisaje castellano.
Es callado y circunspecto,
y en el trajín de las norias,
con tinta clara del agua
va escribiendo sus memorias
debajo de un sol de fragua.
No tiene facha galana,
pero es fuerte y es constante:
amigo de la panera,
compañero del molino,
hermano de la besana...
Para un labrador..., bastante.
¡Bueno fuera!

—¿Vender el caballo, padre?
—El año se nos dió mal
y no puede remediarse...
Hay que pagar la semilla
¡aunque nos cueste la sangre!...

Con mueca triste y mohina
le llevaron,
y marchantes le compraron
en la feria de Medina.
¡Qué dolor,
de extraña herida,
sintió en aquella partida
el caballo labrador!...

EL CABALLO HEROICO

En los desfiles triunfales,
al caballo del teniente
le miran los generales...
—¡Echale paja, asistente!,
que en África me salvó
mi caballito valiente,
y... eso no lo olvido yo.

—¡Papá, vende tu caballo!
—La vida crucé con él.
—Pero la gente... se ríe
cuando pasa el coronel.
—Me salvó la vida, niño,
y no lo puedo vender.
—Te comprarás uno negro...
como el del teniente aquél!

Pobre caballo guerrero.
Rocnante sin Quijote,
Bableca sin caballero...

¡Por qué se ríe la gente
al verte, caballo fiel?
Lo ha contado el asistente
y... nadie se lo creía:
—Ayer... ¡lloró el coronel
cuando el caballo salía!

...

En galope de caminos
van llegando los caballos
al final de sus destinos...
Desengaños,
remolinos de los años,
cansancio de las jornadas...
el capricho que se aleja...
¡Ya son momias animadas
debajo de las pellejas!

El coche de la condesa
ya no le da envidia al viento
por la Sierra cordobesa...

Qué brisa fina y helada
juega a caballo de viento
de aquella noria parada...

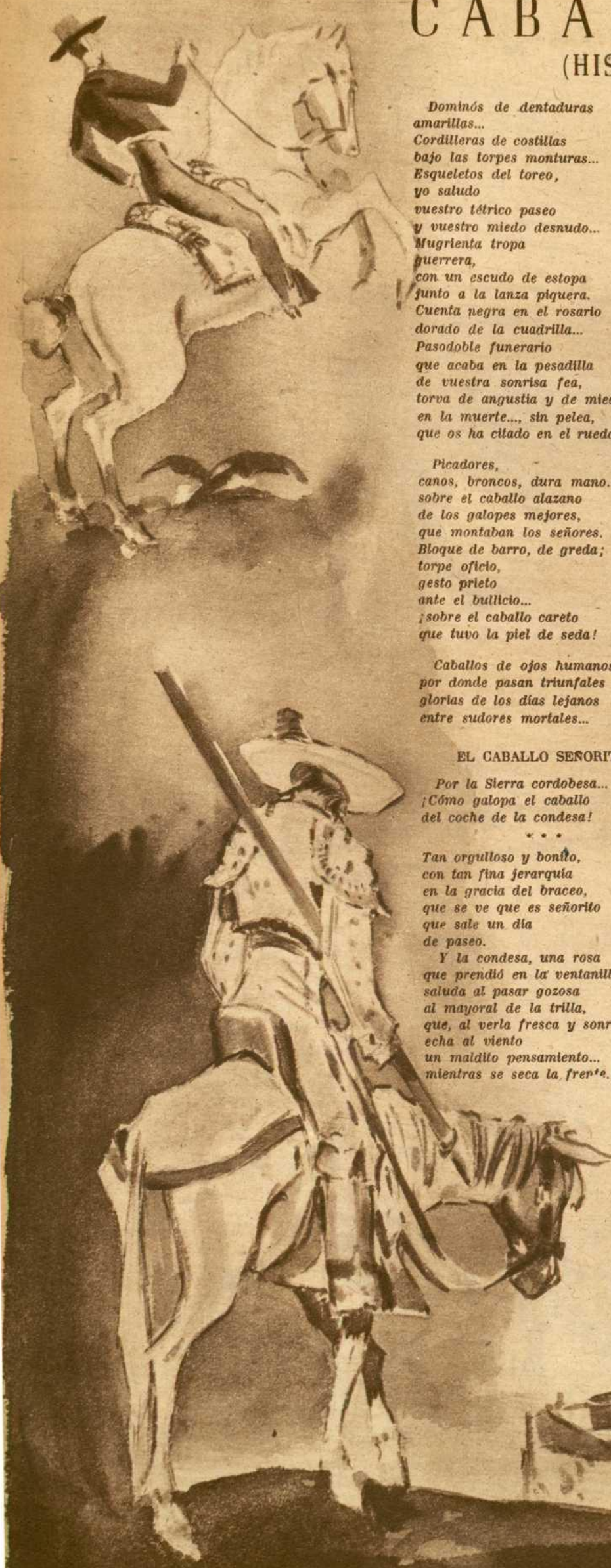
En siestas de mediodía,
está el coronel soñando
cargas de caballería...

Y tú..., mientras,
torpe entras
en el ruedo, avergonzado;
de los gritos asustado,
con las pellejas mugrientas
y el sucio belfo temblando...
Tú, buen caballo de arado,
de galope de fortuna,
trono de amor olvidado
de amorios a la luna...
Tú, cansino
compañero del molino,
renqueas
y pataleas,
y estás llorando,
esquivando,
la última de las peleas...
En la tarde bulliciosa
estás entrando en la fosa
del redondel encendido,
vibrante como un latido
del corazón de la arena...
blanco de la risa ajena,
carne de muerte con prisa,
miedoso de rabia y pena,
rictus de última sonrisa
terrible y desesperada,
que yo comprendo
y entiendo
porque la tengo grabada
en su agonía postrera...

¡Qué paz fresca y sossegada
hay en tu muerte ligera!

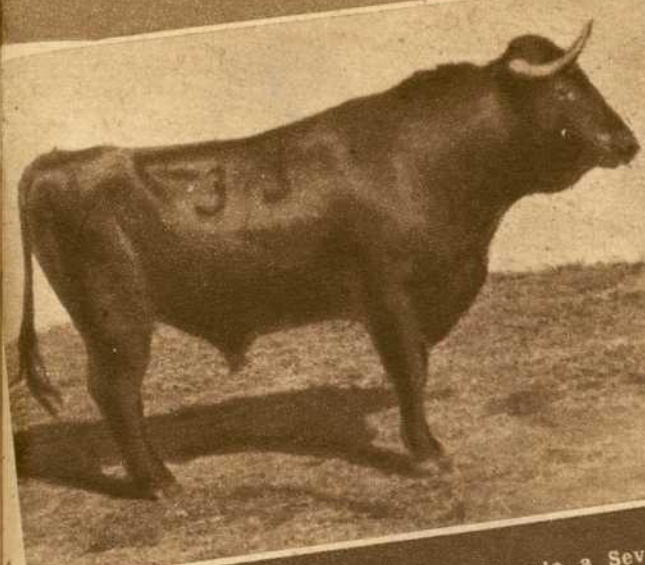
Tu sonrisa descarnada,
mueca de tarde torera...
¡agradece la cornada!

MARTINEZ REMIS



Un semental extraordinario

El toro DIANO, que llegó a ser calificado de "animal ilustre"



El toro Diano, de utrero, recién llegado a Sevilla

UN caso extraordinario como el toro Diano no se da frecuentemente en ganadería brava. Los anales ganaderos podrán registrar fichas de sobresalientes reproductores; pero quizá ninguno de éstos llegará a la altura de excepcionalidad que caracterizó al famoso animal de Ibarra.

Convertir decadente ganadería en otra de nueva y exuberante vitalidad, de floreciente savia, de bravura y nobleza ejemplares, cambiando radicalmente los primitivos caracteres de la primera, al igual que se vuelve un guante del revés, fué la hazaña del magnífico Diano.

Y todo por medio del cruzamiento. Por ese método de reproducción, incierto, problemático, que si en la cría del toro de lidia dió —momentáneamente— origen a bastantes triunfos, acumuló, sin embargo, a la larga, serio montón de fracasos.

De animal ilustre calificó a Diano el notable ingeniero agrónomo Luis Fernández Salcedo, en estupendo artículo publicado hace varios años en la revista «Agricultura». Y, en nuestra opinión, quedóse corto. Porque cuantos títulos y adjetivos pudieran aplicarse a Diano, serían insuficientes ante la maravillosa realidad de su admirable y larga función reproductora.

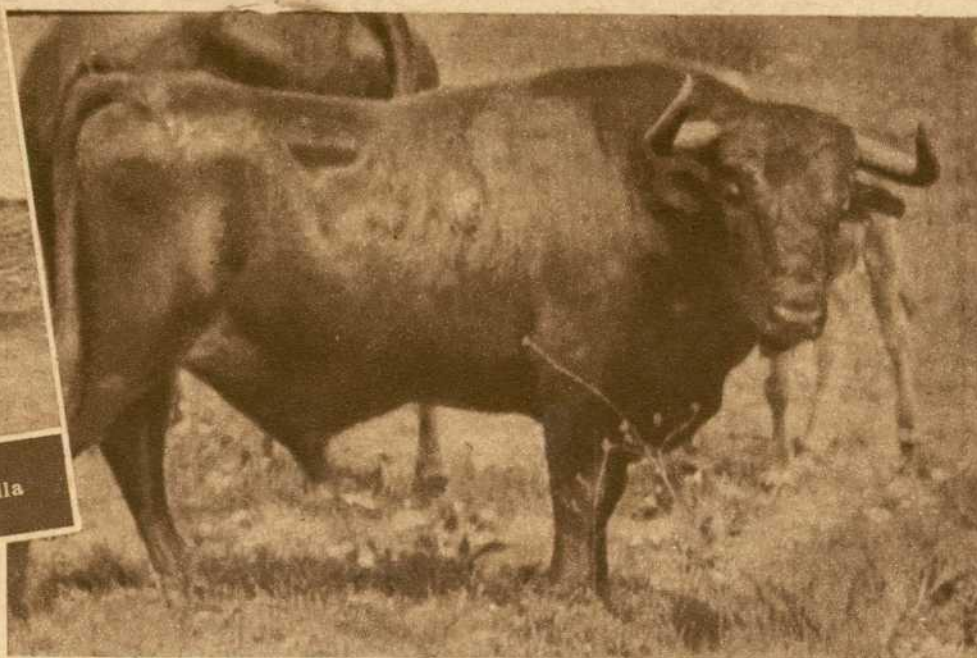
No sólo consiguió transformar la antigua vacada colmenareña de los herederos de don Vicente Martínez, en cuanto a lámina, finura y pelaje, sino también, y esto era lo esencial, en lo referente a docilidad, celo, nobleza y bravura.

Tan excepcional fué la potencia absorbente de aquel animal, y tan fijos quedaron los caracteres de la casta cruzante en la cruzada, que ni en vida de Diano, ni tres lustros después —en que la última guerra civil exterminó la vacada—, pudieron apreciarse en las reses los más ligeros síntomas de degeneración, como tampoco manifestación alguna de atavismo o salto atrás.

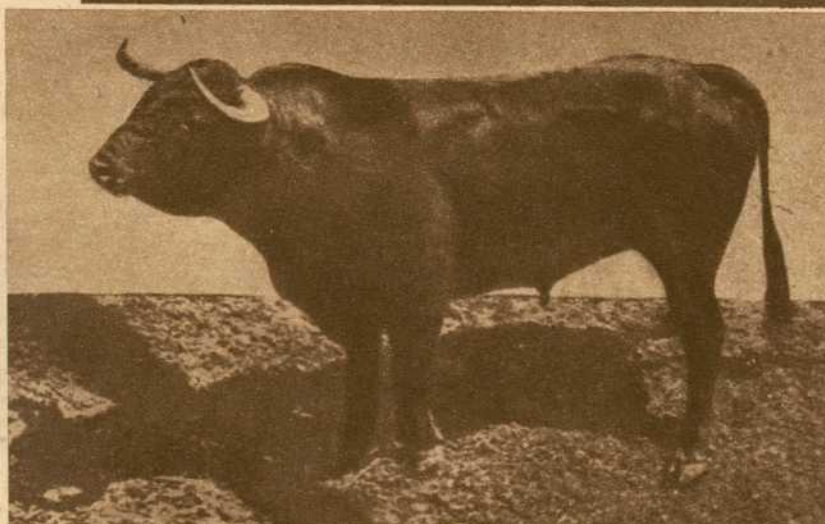
La sangre de Diano corrió impetuosa por las venas de 800 hijos en línea directa, transmitiéndose consanguíneamente, desde su muerte hasta la desaparición de la ganadería, a un par de millares de descendientes.

¡Y qué igual, semejante y selecta la descendencia de Diano!

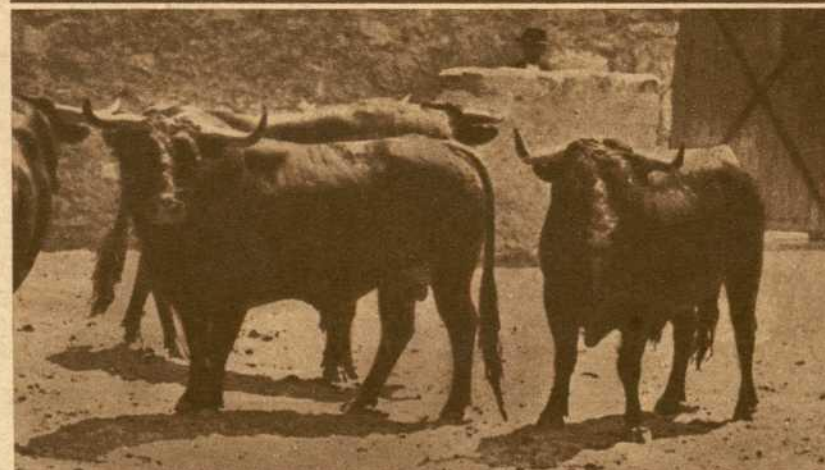
Si en las cruces —acoplamiento de animales de la misma especie, pero de diferente casta—, tras un período de aparente éxito, suelen, generalmente, surgir más tarde particularidades o caracteres retrógrados que echan por tierra desvelos y sacrificios, dejando al criador completamente des-



Diano, reproductor excepcional, retratado de viejo en el campo de Colmenar, poco tiempo antes de su muerte



Gamito, toro de la famosa y ya desaparecida vacada de don Vicente Martínez, hijo del célebre Diano. A Gamito, por su bravura y noble pelea, se le adjudicó el premio de 5.000 pesetas en la corrida concurso de ganaderías celebrada en Madrid el martes 30 de mayo de 1911. Fué matado, regularmente, por Machaquito



Descendientes de Diano, con todos los caracteres del extraordinario semental (Fotos del autor)

corazonado, en la unión de Diano con las vacas gijonas de Martínez no sucedió nada de esto. Fué la excepción, la liga asombrosa, la mezcla perfecta de dos sangres distintas que, al mágico poder absorbente de Diano, y merced a postreros uniones del mismo con hijas, nietas, biznietas, etc., quedaron cada vez más íntima, más sólidamente fusionadas, conglutinadas en una sola: en la de Vistahermosa, sin reminiscencias ni impurezas de clase al-

guna. Toda la producción directa del inolvidable semental, así como la sucesiva descendencia de igual tronco, acusó invariablemente idénticas facetas: uniformidad en la conformación y en la finura. Y uniformidad en la noble y brava pelea, en la codicia y en el temple; condiciones propias de la casta Vistahermosa, que la potencia hereditaria de Diano elevó a su mayor grado al transmitir y mantener con gran energía los caracteres de su estirpe.

Dieciséis años estuvo padreado Diano. Hasta que una helada noche de enero de 1920 murió el

viejo toro en «El Soto», finca enclavada en el término de Chozas de la Sierra.

Adquirido de utrero al criador sevillano don Eduardo Ibarra por don Luis Gutiérrez, hubo de ser desenjaulado un buen día de mayo de 1904 en la dehesa «Los Linarejos». Y su influencia dejase sentir prontamente, comprobándose ya de manera fehaciente cinco años después, al lidiarse los primeros hijos de Diano.

De las madres, casi todas castañas y berrendas en colorao, nacieron crías negras y berrendas en negro, respectivamente, pintas que sacaron en lo sucesivo los animales, predominando el pelo negro mohino en un noventa por ciento.

Los descendientes de Diano, reproducción exacta muchos de ellos del antepasado ibarreño, conquistaron gran crédito y laureles para la divisa morada. En carteles importantes figuraron por derecho propio, y la máxima jerarquía torera de todas las épocas, José Gómez, Gallito, los prefirió a cualesquiera otros toros. Hasta el punto de matar él solo, una tarde, en Madrid, siete de la renombrada vacada, y otros siete en Bilbao, y cuatro en Tolosa, siempre de único matador.

La simiente de Diano germinó y cuajó en copiosa producción de toros bravos, que compitieron con los más acreditados, superando a éstos tanto en belleza como en bravura y docilidad.

Y como botones de muestra cogidos al azar entre infinidad de toros excepcionales, originarios de Diano, están Gamito, lidiado en Madrid el 30 de mayo de 1911, en corrida concurso, y que ganó el premio de 5.000 pesetas; Mestizo, en Madrid, a los cuatro días del concurso; Barrenero, en Colmenar, en 1916; Traficante, jugado el 5 de septiembre de 1920 en Aranjuez; Ventero, muerto el 18 de agosto de 1918 en San Sebastián; Extraño, lidiado el 14 de octubre de 1928, en Madrid; Milanés, también corrido en Madrid el 6 de octubre

de 1929, y tantos y tantos más que no negaron la brava sangre de Diano. De aquel toro ejemplar, pilar básico de superior vacada, por el que multitud de ganaderos de antaño hubieran dado lo que se les pidiera. Aunque, seguramente, los de hogaño se verían en el trance de rechazar, por su «defecto» de excesivo temperamento...

FUE JOSELITO QUIEN MODIFICO EL POMO DE LAS ESPADAS Y VICENTE PASTOR EL QUE INVENTO LA ACTUAL PARA DESCABELLAR

A HORA que dentro de los fundones de cuero, más o menos artísticamente labrados, descansan, ocultas a la luz del día, las armas "toricidas", en espera de que llegue la temporada para reanudar en los palenques sus actividades, vamos a dedicarlas un momento de atención.

¿Estoques o espadas? —preguntarán seguramente quienes estas líneas leyeren.

No ha sido la única vez que durante la celebración de una corrida hemos oído decir al "mataor", dirigiéndose a su correspondiente mozo:

—¡Paol! ¡Saca del fundón de estoques la espada!

¡Y cuántas veces también en las reseñas taurinas se escribió lo siguiente!:

"Fulánez da un pase ayudado con el "estoque". Iguala el bicho, monta la "espada", arranca a matar y arrea un "sablazo".

¿Pero también emplean los lidiadores —volverá a preguntar el lector— un sable en el momento más emocionante de la fiesta?

Ni estoque ni sable. Espada, y solamente espada, aunque las tres armas blancas pertenecen a la misma familia.

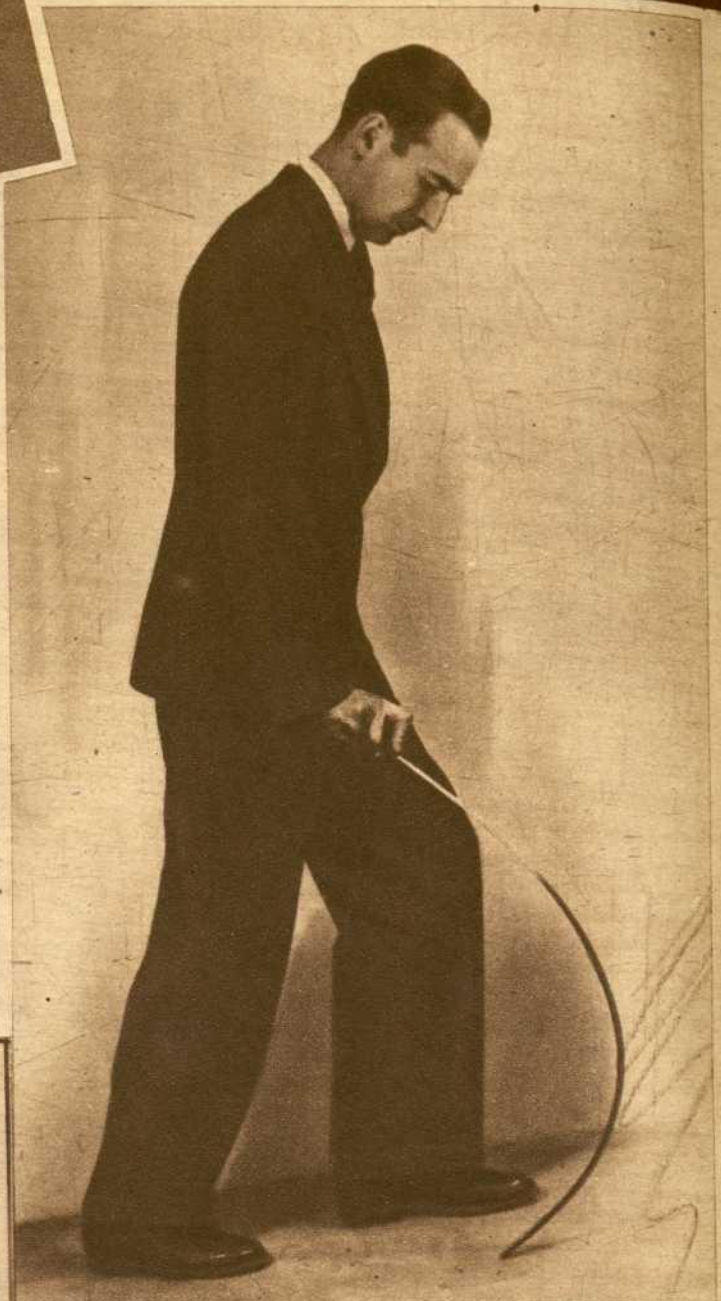
Por algo, desde hace tantos años, en los carteles anunciadores de las corridas y debajo del nombre de "Espadas", viene figurando el de los matadores.

Y para que el caso no se preste a más confusiones, veamos cómo nuestro "Diccionario de la Lengua" define lo que es espada: "Arma blanca, larga, recta, puntiaguada y cortante"; circunstancias todas que concurren en las que utilizan los toreros —unas veces bien y la mayoría mal— para enviar al desolladero a las reses astadas.

LO QUE NOS DICE UN POPULAR "ESPADERO"

Hecha esta ligera disquisición, transcri-

Ahora que se



Don Enrique Luna Antequera probando el temple de una de las espadas por él fabricadas

biremos cuanto hace pocos días nos dijo, a propósito del tema, don Enrique Luna Antequera, hijo y sucesor del famoso espadero valenciano, ya fallecido, don Ramón.

No pudimos hallarle en los magníficos talleres de construcciones mecánicas que, con todos los adelantos modernos, tiene en esta capital, y por ello tuvimos que abordarle en un céntrico café madrileño, muy popular, taurinamente considerado.

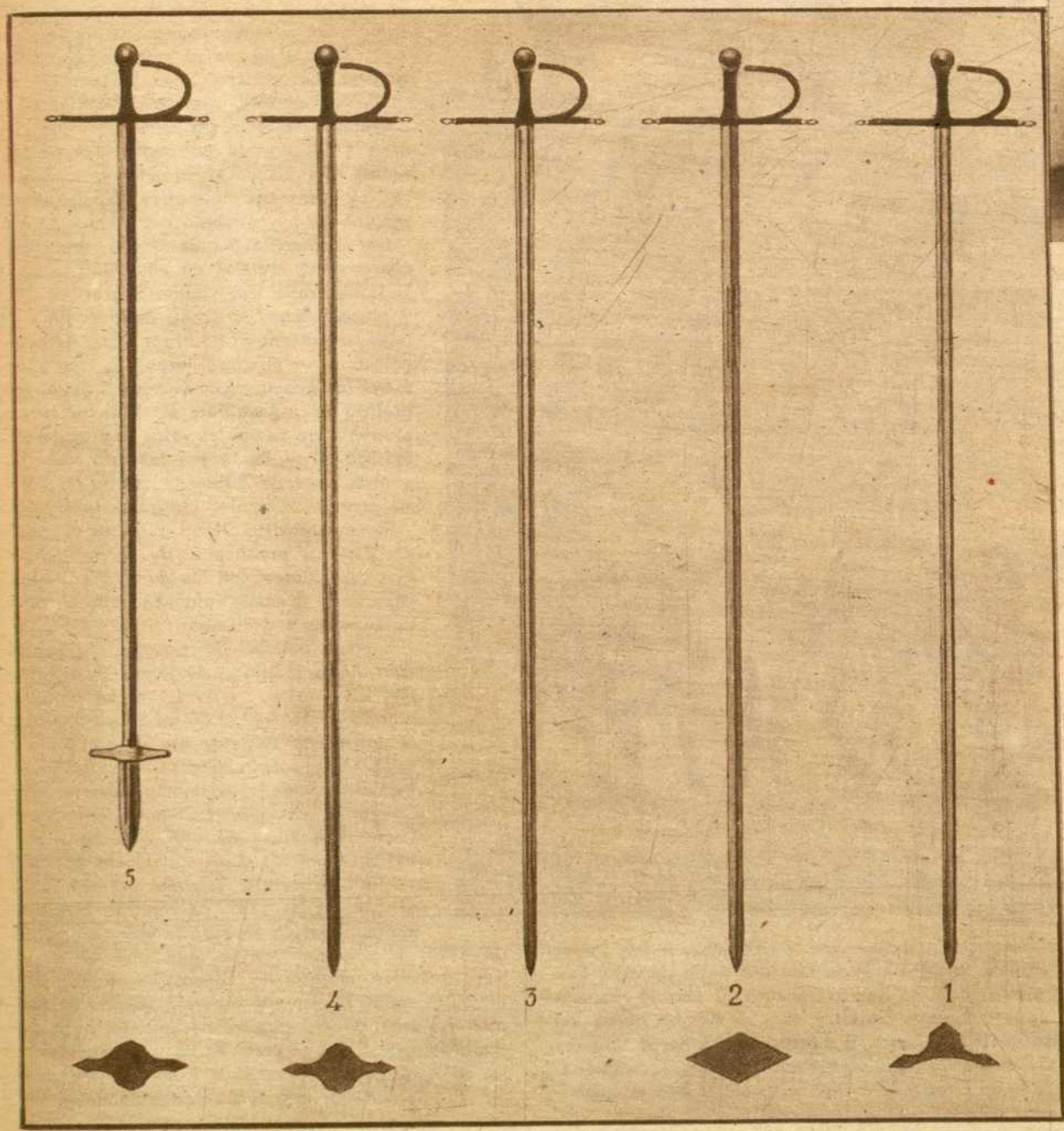
—Un juego de espadas —nos manifestó el señor Luna Antequera— se compone de tres o cuatro y la de descabellar, siendo el peso de cada una de aquéllas de 600 gramos, y su longitud, de 85 centímetros. La utilizada para el descabello es diez centímetros más corta, y, por consiguiente, de menos peso.

—A las espadas —continuó— se las distingue por su enumeración.

La número 1 tiene tres canales; la 2 es lisa; la 3, lisa y con dos canales en su parte posterior; la 4 lleva cuatro canales, y la 5, o sea la de descabellar, es totalmente lisa hasta la cruceta, de la que arranca, ya afilada y con canales, una hoja de diez centímetros de extensión.

Todas, excepto la última, llevan en su parte posterior, y por ambos lados, un filo de 35 cen-

Las cinco armas blancas de que se compone un juego de espadas, y corte transversal de las mismas



habla de la modificación de las puyas...

límetros de largo, hallándose aquella parte algo curva, para que, al introducirse el acero en el toro, sea el efecto más rápido. A este detalle, muy importante para el diestro, se le llama "muerte".

ARMAS CORTAS Y MAS LARGAS

—Dígame usted, Luna —le preguntamos—, ¿tienen todas las espadas las mismas dimensiones?

—Generalmente, sí —nos contesta—; pero, sin embargo, hay algunos matadores que las usan más largas. Las que mi padre fabricaba para Joselito tenían cinco centímetros más.

Para la construcción de una espada —siguió diciéndonos nuestro entrevistado— se precisa en primer lugar un acero especial, para dar al arma, sometida al



cambio de temperatura, el temple necesario a la función que se la dedica.

Durante el transcurso de los años, viajando por el Extranjero, hice muchas pruebas de aceros, y he sacado, en definitiva, la conclusión de que el mejor hierro, combinado con carbono, para la fabricación de armas blancas, es el procedente de Austria, Suecia e Inglaterra.

Y no crea usted, mi querido y ya viejo amigo —continuó diciéndonos—, que todas las espadas y sus correspondientes empuñaduras son exactamente iguales, no. Para la construcción de ellas hay que tener en cuenta las dimensiones del brazo de quien ha de usarla, la forma de la mano derecha, para adaptar a ella la empuñadura, y otras circunstancias que no es preciso detallar.

Hay espadas, por ejemplo, a las que se las da una ligera inclinación hacia la izquierda, para que, al entrar en la res, si la dirección es atravesada, no asome la punta por el codillo izquierdo del fiero bruto.

—¿Se usó siempre en el extremo de la guarnición de la espada el actual pomo de goma?

—No. Hasta el año 18 era de hierro. Es curioso el origen del cambio. Verá usted.

COMO JOSELITO IDEO EL CAMBIO DEL POMO

Hallábase Joselito en Valencia con la mano derecha lesionada, y en ocasión de ser curado por el doctor Serra, se encontraba presente mi padre.

—Don Ramón —le dijo José—,

es muy duro ese pomo cuando se pincha en hueso. ¿Vea usted cómo tengo la mano! ¿No se podía aplicar a las empuñaduras algo más blando?

—Pues mira —le contestó mi padre—, me has dado una idea.

A los pocos días, tras varios experimentos, le fabricó un juego de espadas con el pomo de goma, quedándose encantado el inolvidable lidiador.

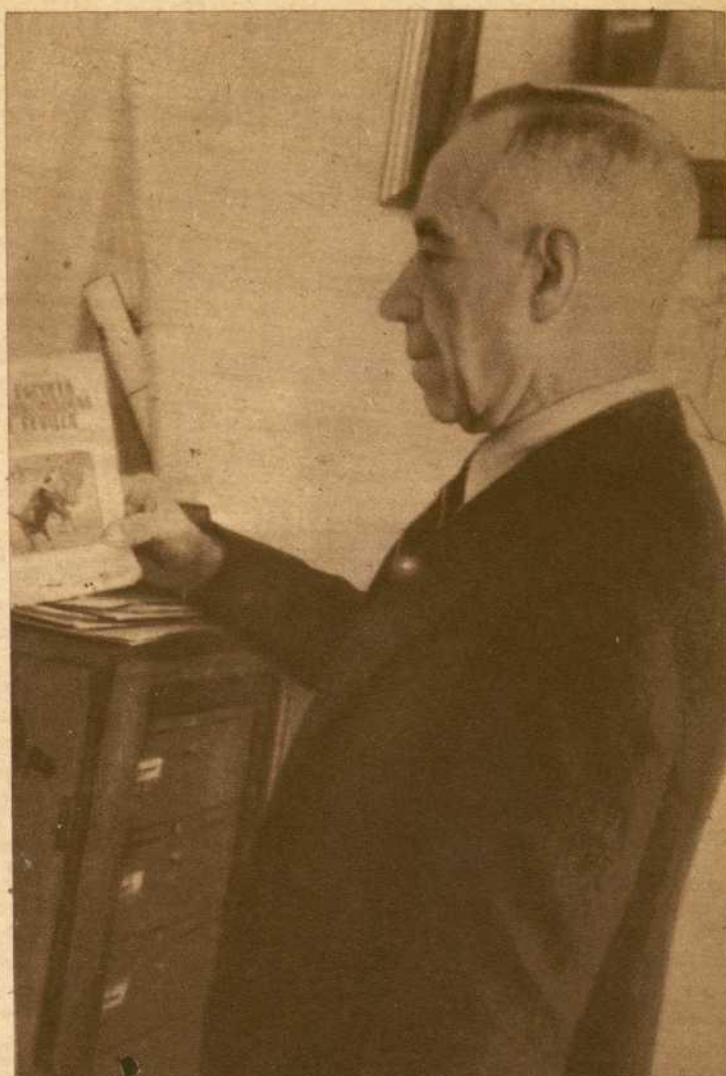
—¿Qué diferencia existe entre las espadas que hoy se usan y las antiguas?

—Estas eran un poco más cortas y más pesadas. Con las canales, además de ser sus efectos más mortíferos, se las aligeró de peso.

—Según el "Diccionario" de Sánchez de Neira, ya en 1879 las espadas construidas en Valencia daban un excelente resultado.

—El secreto de la fabricación de estas armas blancas estriba en darlas un temple especial, que sólo se ha conseguido después de muchos estudios, no menos pruebas y una gran afición a todo cuanto se relaciona con la suerte de matar.

Joselito, que ideó el cambio del pomo de la espada, de hierro que era antes, por goma



Vicente Pastor, autor de la espada que actualmente se usa para descabellar

EL INVENTOR DE LA ESPADA DE DESCABELLAR

—Vamos, amigo Enrique, a ver si descabellamos este acerado reportaje a la primera. ¿Quién ha sido el inventor de la actual espada de descabellar?

—Vicente Pastor, el diestro que durante su vida taurina menos precisó de tal recurso para acabar con la vida de los astados.

—Es verdad. Y da la circunstancia de que la cogida más grave que sufrió el torero madrileño se la produjo el toro Latero, de Miura, en Santander, precisamente al pretender descabellarle.

—Se celebró en Madrid un concurso. Presentáronse varios modelos, uno mío, por cierto, y fué aceptado el del famoso torero de la calle de Embajadores. Ya le expliqué las características de esta espada. Tiene una cruzeta fija, de ocho centímetros, y una lengüeta de diez. Algunos la usan más larga; pero yo creo que sólo con cinco era suficiente.

LAS ESPADETAS DE MADERA

—Y antes de que este toro que estamos lidiando al alimón nos lo echen los lectores al corral, ¿qué me dice usted de la espadita de madera?

—Para que los espectadores no se dieran cuenta de tal alivio, yo falsifiqué espadas de aluminio, moda que nos trajeron los mejicanos; pero inmediatamente las retiré de la circulación.

—¿Y eso?

—Pues porque en una corrida, al "mataor" que la estaba empleando se le dobló, ante el asombro de todos, y como esto significaba un descrédito para mi reputación de espadero, puesto que los aficionados no estaban en el secreto del truco, juré no vender ni una más.

DON JUSTO

El Dr. MUÑOZ CALERO

No cree que exista ningún español sinceramente antitaurino



El director de la Obra Sindical del 18 de julio, don Armando Muñoz Calero, nos recibe en su despacho. La tarde es oscura, llueve. ¡Mala tarde para una corrida! Sin embargo, hablar de toros se puede, aunque no haya sol y los cristales estén brillantes de agua.

El doctor Muñoz Calero es una figura de actualidad en el campo de su profesión y por las brillantes disposiciones que ha demostrado para desempeñar su cometido oficial. Esa debe de ser la causa que le impide asombrarse de que entremos en su despacho a las cinco de la tarde a hablarle de toros; como no le extrañaría que entráramos a preguntarle qué opinaba del canibalismo o si le había tocado alguna vez la Lotería; porque el doctor Muñoz Calero, al vernos, ha puesto cara de conocer por experiencia a los cultivadores de la interviú.

—Vengo a hablarle de toros, con la confianza de que usted no dejará heladas las palabras en mi boca diciéndome: «Odio los toros. No he visto en mi vida una sola corrida»... —empezamos.

—Eso debe de ser terrible... Pero tranquilícese... En realidad no creo del todo sinceros a los que

hacen alardes antitaurómicos. Los españoles llevamos dentro la afición a los toros; es algo que va unido a nuestro temperamento, y los que desmienten esta teoría, afirmando que odian los toros, lo hacen más bien por «snobismo» que por sincera convicción. Se empeñan en mirar únicamente la sangre de la fiesta y en imitar falsas teorías humanitarias que vienen de países donde es imposible comprender ni sentir la afición a los toros.

—Y usted, ¿podría explicar por qué le gustan los toros?

—Es una pregunta difícil de contestar. La afición a los toros es un sentimiento, una impresión subjetiva, que no se puede, por tanto, definir, como podría hacerse con la sentida por otro espectáculo más frío. En realidad, el español, más que aficionarse a los toros, se apasiona por ellos.

—¿Cuándo empezó usted a ir a los toros?

—Empecé a ir en mi época de niño. Pero entonces sólo veía en las corridas de toros un espectáculo más. Mi verdadera afición empezó al venir a Madrid, en el año veintinueve.

—¿Cómo le interesa a usted más la fiesta, si la juzga por el lado toro o si la mira por el lado torero?

—Me gusta el todo, el conjunto de una corrida. Tanta importancia tiene en ella el toro como el torero. Y los dos son dignos de admiración, desde un punto de vista elástico y por la bravura que demuestran. El toro ofrece mucho interés bajo todos sus aspectos. Es interesante su proceso racial en la ganadería y su actuación en la Plaza.

—Entonces, ¿usted no cree que la raza ha degenerado?

—El toro es como el torero de la época exige. Antes la lidia era una lucha bárbara, sin más emoción que el peligro que corría el matador ante aquellos toros de tantas arrobas. Ahora hay más arte. No es posible exigir a los toreros actuales que realicen sus pases naturales y otros de verdadero arte, de esos que atraen las ovaciones del público, con aquellos toros de otros tiempos. Hasta los que hoy protestan con más fuerza de los toros y de los toreros de hoy, se sentirían decepcionados y aburridos si el toreo volviera a sus cauces primitivos.

—¿Cuál es el momento que más le gusta de una corrida?

—El de dar comienzo a la faena de muleta. Cuando el matador se queda solo, frente a frente con el toro, y lo domina hasta el momento de matar. Entonces es cuando se ve si el toro está bien toreado y se demuestra la habilidad del matador.

—Ahora hablemos del público. ¿Le interesa a usted el espectáculo de la Plaza?

—Según dónde: En Sevilla, por ejemplo, casi supera en interés el espectáculo de la Plaza al que ofrece el ruedo. En cambio, en Madrid y en otros sitios el público es gris, y todo el interés de la fiesta se concentra en el ruedo.

—¿Qué corrida de las que ha visto le ha gustado más?

—La primera de Beneficencia que se celebró en Madrid después de la Liberación. Entonces era yo presidente de la Diputación. Presidí la corrida, y recuerdo emocionado cuanto en ella pasó. El recuerdo de la primera corrida de Beneficencia no está precisamente limitado a las suertes realizadas aquella tarde sobre la arena de la Plaza de Madrid. Es más bien la emoción del aspecto que ofrecían los tendidos; el motivo de ser la primera de Beneficencia organizada, y las palabras del Caudillo, que oí a mi lado, sobre todo, lo que



hacen más agradable la emoción de aquella corrida que presidió.

—¿Recuerda usted alguno de aquellos toreros famosos que han desaparecido ya?

—No he alcanzado la época del toreo clásico. Y el torero que recuerdo —casi como un sueño—, de tiempos pasados, es Joselito.

—¿Siente usted predilección por alguno de los modernos?

—Me gustan todos los que toread bien. Nunca se me ha ocurrido hacer un ídolo de ninguno de ellos, aunque me haya gustado su forma de torear.

—¿Se ha visto usted alguna vez delante de un toro?

—Sí, pero fué sólo un momento. Paseaba a caballo por la dehesa, en la finca de un amigo; a lo lejos se veían las reses, que pacían tranquilamente... Todo respiraba calma, dada la distancia a que los toros se encontraban, y yo, a pesar de mis pocas dotes de jinete, me sentía segurísimo y optimista sobre el caballo. Pero de pronto (no comprendo aún por qué) salió de entre unos matorrales que había a pocos pasos de mí, un torazo enorme. Fué casi visto y no visto... Empecé una carrera asombrosa para todos los que conocían mis cualidades de jinete, y más asombrosa para mí mismo, y fuí a parar a la copa de un árbol.

—Entonces, ¿usted no se atrevería a torear?

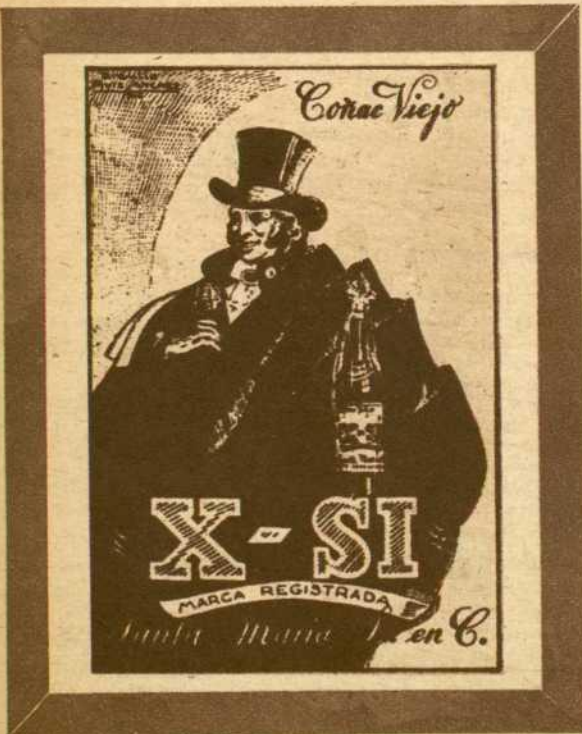
—Ya lo he hecho. Claro que con becerritas. Pero de tal modo, que al matar me caí sobre ella y le salió el estoque por el vientre. Todos los que asistieron a la fiesta compadecían a la becerrita. Me consuela algo recordar que aquella tarde, y con aquellos pobres bichos, el diestro mejicano Cañitas también tuvo un fracaso al explicarme cómo debían tratarse.

—¿Le hubiera gustado ser torero?

—Francamente, no... Me gustan los toros y me hubiera gustado torear como quien practica un deporte. Pero dedicar a ello toda mi vida no me hubiera seducido nunca. Los toros, para mí, son una de las cosas buenas y agradables que existen.

Y el doctor Muñoz Calero mira su reloj de pulsera. Le agradecemos sus respuestas y nos despedimos de él.

PILAR YVARS



La propuesta de los matadores españoles sobre el intercambio de espadas con Méjico

Juan Belmonte, presidente de la Junta de Matadores de Toros, nos remite la carta y el proyecto de Bases que ha enviado al presidente de la Unión de Matadores de Toros de Méjico, y cuyo contenido ofrecemos a nuestros lectores.

MI querido amigo y compañero:

La Junta de Matadores de Toros del Grupo Taurino de este Sindicato Nacional, que ha tenido a bien nombrarme Presidente, estima que es muy beneficioso para los toreros españoles y mejicanos el intercambio artístico entre nuestros dos países. Pero juzga al mismo tiempo que, después de la experiencia de estos dos años, conviene corregir el convenio, simplificándolo, para darle una gran base de estabilidad. Hemos procedido a estudiar el caso, y remitimos a esa Unión el resultado de nuestro trabajo, para que se nos diga si puede procederse a la firma de una y otra parte.

Quiero decirle personalmente que la cláusula por la que se reserva a los mejicanos en España el 33 por 100 de los puestos, obteniendo en compensación los españoles la absoluta libertad de contratación en Méjico, debemos aceptarla como la base y fundamento de cualquier convenio duradero y estable entre nosotros. El convenio cuyo proyecto enviamos está inspirado en el espíritu de la más estricta reciprocidad e igualdad. El único punto donde esta reciprocidad resulta algo más complicada de conseguir es en este aspecto del tanto por ciento de puestos a ocupar por los diestros de uno y otro país en cada caso. Creemos que nos conviene aceptar el problema tal cual es y resolverlo con buena voluntad, de una vez para siempre.

Siendo el número de corridas que se dan habitualmente en España superior a 250, y siendo el número de las que se dan en Méjico inferior a 100, resulta que los matadores de toros mejicanos pueden ocupar en España 250 puestos, sólo a cambio de que los matadores españoles que interesen a los empresarios puedan ser contratados con libertad.

Queda un elemento de imprecisión y de falta de ajuste en la material reciprocidad, y en disfavor nuestro; pero es exactamente lo preciso para dar acogida a la libertad necesaria al ejercicio de cualquier profesión artística. Así, pues, esperamos de esa Unión una buena acogida para nuestra propuesta.

Deseo hacerle notar igualmente que en este proyecto de convenio se suprimen la cláusula especial y las adicionales del anterior, y también la obligatoriedad de que los matadores lleven consigo dos subalternos del país, cosa especialmente enojosa para los matadores de toros mejicanos, según se comprobó aquí durante la última temporada. De la misma manera se ha suprimido cualquier aspecto de monopolio en la contratación o en la utilización del convenio para la Plaza de El Toreo.

En cuanto al intercambio de novilleros, creemos que la experiencia aconseja suprimirlo, en interés de todos. Sin embargo, estudiaríamos con el mayor interés cualquier propuesta que quisieran hacernos, si esa Unión disintiera de nuestro parecer. Si ello fuera así, para no aplazar la formalización del convenio en su parte más importante, podía ser objeto, después de ponernos de acuerdo, de un convenio adicional que se incorporase a éste.

Por último, como verá, enviamos el convenio ya firmado por nosotros, a fin de que, si merece la conformidad de ustedes, se queden con este ejemplar como ya firme, y nos remitan otra copia firmada por ustedes, para nuestra constancia. Así quedaría todo ultimado y en regla rápidamente.

Un fuerte abrazo de su buen amigo y compañero,

JUAN BELMONTE

REGIMEN GENERAL DE ACTUACION DE LOS ESPADAS MEJICANOS EN ESPAÑA Y DE LOS ESPAÑOLES EN MEJICO



J. Belmonte

La actuación de los matadores de toros mejicanos en España, y de los españoles en Méjico, se ajustará a las siguientes normas, convenidas entre el Sindicato Nacional del Espectáculo y la Unión de Matadores de Toros y Novillos mejicana.

BASES

1.ª Atendida la diferencia de número de corridas que se celebran por temporada en cada uno de los dos países, y como fundamento de auténtica reciprocidad en el intercambio artístico hispano-mejicano, se establece que los matadores de toros de Méjico pueden torear en España hasta un 33 por 100 de los puestos a cubrir en carteles.

Por ser mucho menor el número de corridas que se celebran en Méjico, se acuerda, como compensación al contenido del párrafo precedente, que los toreros españoles podrán ocupar en carteles de espectáculos que se celebren en territorio mejicano cualquier número de puestos para los que fueran solicitados por las Empresas mejicanas.

Como consecuencia de estas dos cláusulas, y para que esta aplicación pueda ser automática y

sencilla, se conviene que los matadores mejicanos no podrán actuar en España ocupando más de una tercera parte del cartel, ni en corridas de ocho toros, ni en corridas de las llamadas mano a mano.

2.ª La Unión Mejicana de Matadores de Toros se compromete a no poner ningún impedimento a la libre contratación de los artistas españoles por las Empresas de su país.

CONDICIONES GENERALES

1.ª Queda reconocida para su antigüedad en el escalafón profesional, en la formación de carteles y lidia en Plaza, la fecha de alternativa de los diestros mejicanos, tomada desde el 18 de julio de 1936, en la Plaza de El Toreo, que en dicho aspecto queda equiparada a las Plazas españolas, y por tanto, con la única obligación para los espadas de confirmar la ceremonia al presentarse en Madrid.

2.ª Podrán contratar toreros mejicanos para las tres primeras corridas necesarias, antes de comenzar la actuación, las Plazas reconocidas como de primera categoría en el Reglamento Oficial para la celebración de espectáculos taurinos. Dichas Plazas son: Barcelona (en sus dos Plazas), Arenas y Monumental; Bilbao, Madrid, San Sebastián, Sevilla, Valencia y Zaragoza.

Podrán contratar las tres primeras corridas de los toreros españoles para actuar en Méjico las Plazas de Méjico (capital), Guadalajara, Tijuana, Puebla, San Luis de Potosí, Mexicali y León.

3.ª Los matadores de toros españoles y mejicanos, para actuar en Méjico y España, respectivamente, habrán de contar con un mínimo de tres corridas, contratadas entre las Plazas mencionadas en el párrafo anterior, y con el mínimo de honorarios que establezca el Sindicato Nacional del Espectáculo para España y la Unión de Matadores de Méjico, según los usos de la temporada.

Los contratos iniciales de matadores de uno de los dos países para el otro habrán de ser comunicados formalmente entre la Unión de Matadores y el Sindicato Nacional del Espectáculo, para

que los interesados puedan acogerse a los beneficios de este convenio.

4.ª Los diestros mejicanos que se contraten directamente en España, y los españoles que lo hagan directamente en Méjico, permaneciendo, por lo tanto, en el país de una temporada a otra, necesitarán, para comenzar su actuación, tener firmados contratos por seis corridas y por los honorarios vigentes en la temporada.

5.ª La documentación profesional de los toreros españoles y mejicanos será la misma de su propio país, debidamente visada en la organización profesional del otro.

6.ª Los matadores mejicanos o españoles podrán llevar consigo dos subalternos, uno de a caballo y otro de a pie, si bien ello no es obligatorio, para dejar vacantes al menos tres puestos de cuadrilla, que completarán en el país de destino con tres subalternos indígenas, contratados de acuerdo con la legislación propia de éstos. No obstante, como excepción, cuando los subalternos sean familiares en primer grado de su matador, podrán ser contratados de España para Méjico y de Méjico para España, aunque los dos sean banderilleros o picadores, ateniéndose para lo demás al régimen ordinario.

Los subalternos españoles de espada español, y los subalternos mejicanos de espada mejicano, una vez en el país de destino, podrán trabajar solamente a las órdenes de su matador.

7.ª En cuanto a los mozos de estoque, como cargo de confianza, se declara enteramente libre el régimen de contratación, sin otro requisito que el respeto al fuero personal del mencionado auxiliar en la legislación social, para todo aquello que le sea más ventajoso.

8.ª Los matadores de toros mejicanos serán clasificados para España por la Junta Sindical del Grupo Taurino, y los matadores de toros españoles serán clasificados para Méjico por la Unión Mejicana de Matadores.

El presente convenio comenzará a aplicarse para la temporada española de 1947, y será de aplicación obligatoria y rigurosa en las sucesivas.

NUESTRA CONTRAPORTADA ISIDRO SANTIAGO (BARRAGAN)

BARRAGAN nació en Madrid el 23 de febrero de 1811. Fueron duros los comienzos de Isidro Santiago. El 7 de marzo de 1831 hizo su presentación en Madrid como banderillero, y como tal actuó en la capital de España en los años 1833, 34, 35, 36 y 38. En 1939 actuó como matador en ruedos de segunda y tercera categoría, y a fines de este año es contratado en Madrid como sobresaliente, con obligación de banderillar. En 1840 actuó en la misma categoría, con Juan Pastor y Cúchares, y en las corridas de otoño de dicho año alterna como matador de toros con Pedro Mulas y Luis Rodríguez.

En 1841 es medio espada con Francisco Montes y Francisco Arjona Guillén, y establece turno de alternativa con José de los Santos. En 1842 actuó como sobresaliente y medio espada, y con el Morenillo, Montes y Arjona recorrió casi toda España y llega a alternar con José Redondo.

El 19 de marzo de 1843 alternó en Madrid, sin que mediara cesión de trastos, con los espadas Pedro Sánchez y Francisco de los Santos. Se lidiaron en aquella corrida tres toros del marqués de Casa-Gaviria y otros tres de don Juan Castrillón.

El 23 de marzo de 1851 se celebró en Madrid una corrida de novillos, con reses de la vinda de Freire y de don Dámaso González. Las reses de éste llegaban a Madrid después de lidiadas en los pueblos. Estoqué muy bien al primero, de Freire; pero el segundo, Jardiner, retinto, de González, le cogió al pasar de muleta y le produjo una herida en la pantorrilla izquierda. Curado en la enfermería, fué trasladado al hospital, y cuando parecía que estaba ya curado, se le declararon unas calenturas, a consecuencia de las cuales falleció el 4 de abril.

Manolete



Arruza

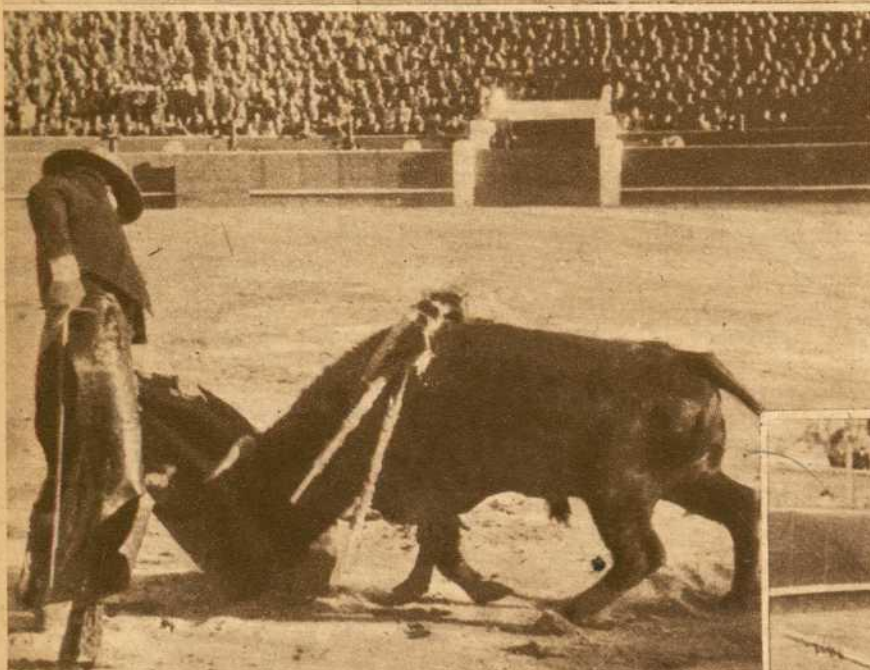
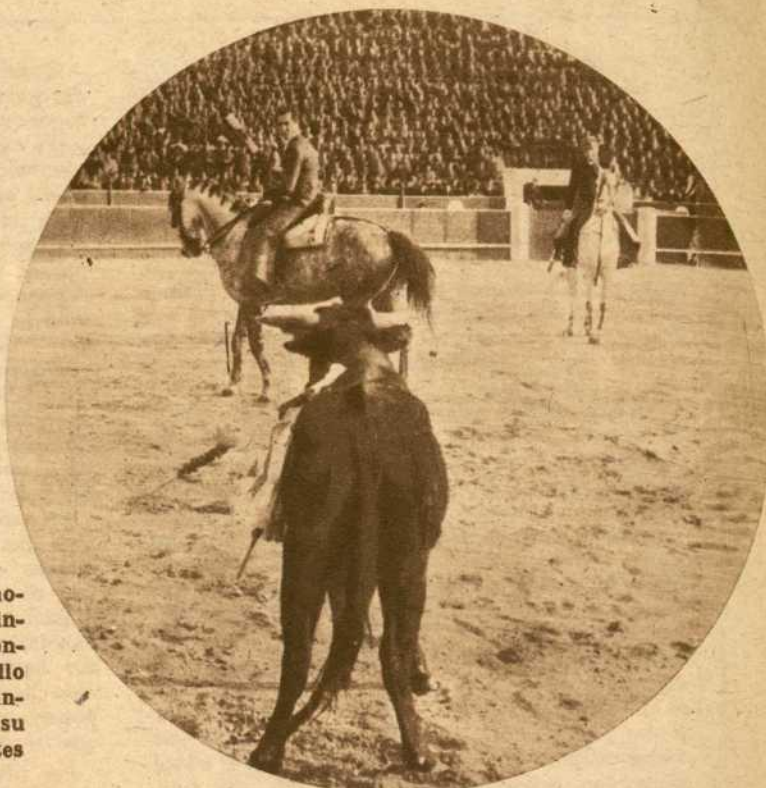
FESTIVALES CON MOTIVO DE LA PAZ



El de Vista Alegre se celebró el martes, con intervención del duque de Pinohermoso, Luis Miguel y Pepe Dominguín y los hermanos Bienvenida

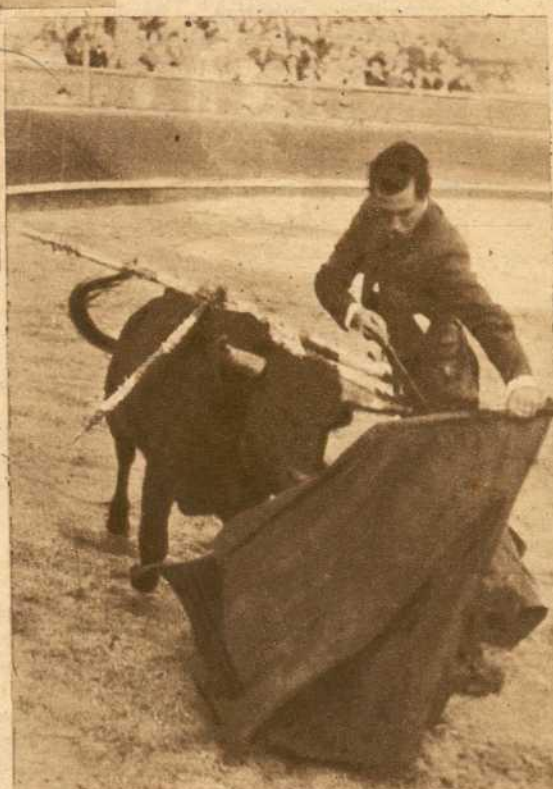
El duque de Pinohermoso, Luis Miguel y Pepe Dominguín, y Pepe, Antonio y Angel Luis Bienvenida

El duque de Pinohermoso y Luis Miguel Dominguín alternaron poniendo banderillas a caballo en el primero y el segundo novillos, luciendo su excelente arte de jinetes



Ambos remataron su tarea toreando y matando a pie. Aquí el duque de Pinohermoso se para en un pase con la izquierda...

... y Luis Miguel tira del novillo con su magnífica traza de muletero



Pepete Bienvenida, que lidió un novillo bravo y pegajoso, entra a matar sustituyendo la muleta por un pañuelo



Antonio hizo una faena muy fina y muy torera, y como mató bien, cortó, como sus compañeros, orejas, rabo, pata...

Angel Luis templea en unos lances de capa...



TRONA DEL ARMA DE INFANTERIA

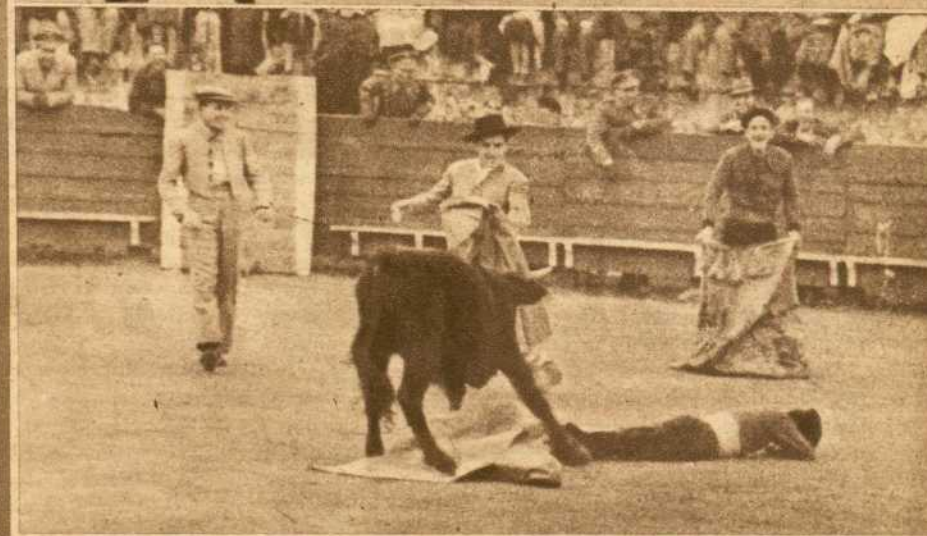
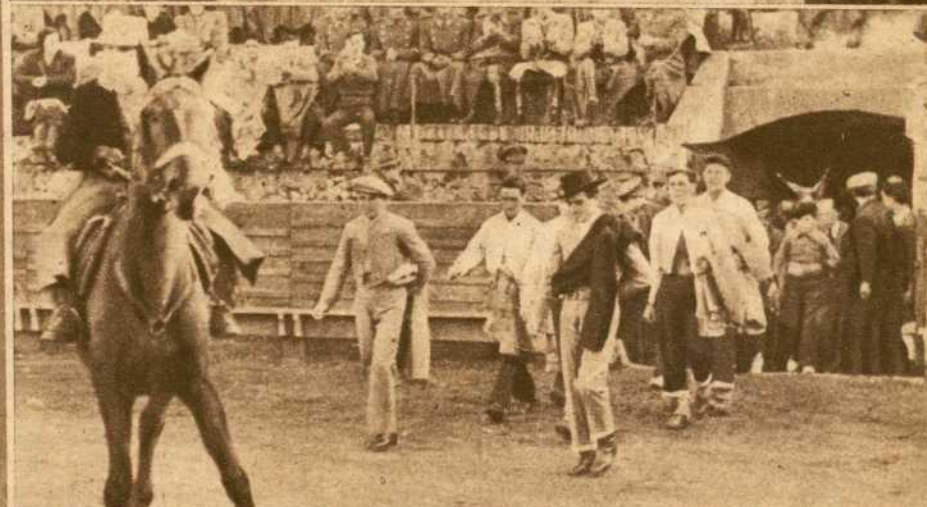
En Olot, el festival
corrió a cargo de los propios
soldados del Arma, asesorados
por RAFAEL LLORENTE

... y Juanito, el
pequeño de la di-
nastía, que estaba
de espectador, fué
invitado a bande-
rillar, y colocó un
par muy bueno

El festival lo ce-
rró con su actua-
ción Pepe Domín-
guín, quien, des-
pués de poner ban-
derillas con Luis
Miguel y con Jua-
nito Bienvenida,
toró valientemen-
te y clavó al de
don Gregorio Avi-
lés la mejor esto-
cada de la tarde.
Pepe había susti-
tuido a su herma-
no Domingo, que
no pudo tomar
parte en el festi-
val por hallarse li-
geramente lesio-
nado

Esta encanta-
dora nena des-
filó al frente de
las cuadrillas y
pidió la llave

(Fotos de Zar-
co)



En estas fotografías, remitidas por Valls, ofrecemos a los lectores varios episodios
de la lidia, que fué muy animada y que estuvo presidida por bellas señoritas



J. Marín



M. Navarro



F. Rodríguez II



Pepe Luis



Andaluz



R. Duyos

EL pasado jueves, día 5, contrajo matrimonio el matador de toros Julián Marín con la señorita Colomá Domingo, catalana, desde hace tiempo residente en Pamplona. Se efectuó la ceremonia religiosa en la capilla del Pilar, de la parroquia de San Nicolás, de Pamplona. Fueron padrinos el padre de la novia, don Pedro Domingo Pujol, y la tía del novio, doña Sebastiana Caspe Arnedo. Los nuevos esposos salieron con dirección a Lisboa, donde tomaron el avión para Nueva York, ciudad desde la que marchan a Caracas, en cuya Plaza se presentará Marín el próximo día 15.

—Andrés Gago ha marchado a América. Manifestó, antes de salir de Sevilla, que irá a Méjico en viaje de turismo, para satisfacer deseos de su esposa, que es mejicana y no conoce el país. Ya en Méjico hará Gago gestiones sobre ciertas ofertas recibidas para que toree Arruza ocho corridas en la capital y diez en los Estados. Si las condiciones que Arruza pone son aceptadas, Gago cablegrafiará al mejicano para que éste se traslade a América en avión, a fin de que pueda comenzar sus actuaciones a primeros de año. Si Arruza va a Méjico actuará también en Bogotá y Caracas con Manolete.

—Con motivo de las fiestas de la Patrona del Arma de Infantería se celebró el pasado sábado un festival taurino en Cádiz, en el que actuaron los matadores de toros Curro Caro y Vito y los novilleros Manuel Navarro y Ramón Cervera. Arruza, que asistió al espectáculo como asesor, puso, a petición del público, dos pares de banderillas. Se lidiaron novillos de Moreno Santamaría. Curro Caro brindó la muerte de su novillo al coronel del regimiento de Infantería de Cádiz. Comenzó la faena sentado en el estribo, y siguió con pases variados y adornos. Mató de media contraria y una entera. (Ovación y oreja.) El Vito toreó muy valiente con el capote y puso después tres magníficos pares de banderillas. La faena de muleta fué variada y valiente. Resultó cogido y tuvo que ponerse un pantalón de monosabio. Siguió muleteando valiente, y mató de una atravesada, dos pinchazos y dos medias estocadas. (Pal-

POR ESPAÑA Y AMERICA

Ha contraído matrimonio Julián Marín. Ofrecen grandes contratos a Arruza para torear en Méjico. — Festivales taurinos en Cádiz y Huelva. — Reaparición de Manolete y confirmación de alternativa de Guerrita en Méjico. — Julio Mendoza cortó orejas en Caracas

mas.) Manolo Navarro fué aplaudido al torear con el capote y en quites. Hizo faena artística y mató de un pinchazo, media estocada y el descabello. (Ovación y oreja.) Al terminar la lidia del tercero el público pide a Arruza que baje al ruedo para banderillar, a lo que accede el mejicano. Cervera hace un buen quite por chicuelinas. Sale al ruedo Arruza y es recibido con una gran ovación. El mejicano ofrece los palos a Vito y ambos se abrazan. Carlos Arruza, después de vistosisima preparación, coloca dos pares soberbios. Vito es achuchado, y después de varias salidas en falso desiste de banderillar, pues se resiente de su última cogida. Ramón Cervera hace faena inteligente y valiente y mata de dos medias estocadas. (Ovación.)

—Marchó a Barcelona el matador de toros Mario Cabré, que actuará como protagonista masculino en la filmación de la película «Oro y marfil».

—El señor Pardo, apoderado de los hermanos Morenito de Talavera, apoderará también, en la temporada próxima al matador de toros Curro Caro y a los novilleros Chaves Flores y Ramón Cervera.

—Se han efectuado las operaciones de herradero y tienta en la ganadería propiedad de don Esteban Hernández. Dirigió las faenas, con sin-

gular acierto, el novillero Eduardo Barajas.

—Salió en avión, directo para Buenos Aires, el zamorano Félix Rodríguez II, que se trasladará a Lima, en cuya Plaza tiene varias corridas contratadas.

—El domingo, día 8, se celebró en Huelva un festival a beneficio del Hogar del Soldado. Un novillo de Concha y Sierra y seis de Arias Reina. El rejoneador Joaquín Parejo, después de torear muy bien a caballo, clavó un rejón en la cruz, del que rodó el novillo. Láinez toreó bien con el capote. Hizo una buena faena y mató de dos pinchazos y una estocada. (Ovación.) Pepe Luis Vázquez dió cinco verónicas colosales. Empezó la faena con tres naturales magníficos y uno de pecho inmejorable. Siguió muy adornado y mató de una estocada en todo lo alto. (Ovación, dos orejas y rabo.) Andaluz dió

cuatro verónicas muy buenas. Hizo faena emocionante y mató de una magnífica estocada. (Ovación, dos orejas y rabo.) Andaluz II dió varias chicuelinas magníficas. Hizo faena por derechazos y manoleteras y mató de dos pinchazos y una estocada. (Ovación, dos orejas y rabo.) Rafael Vázquez, que toreó bien con el capote, hizo faena breve y mató de una estocada ladeada. (Ovación.) Niño de la Isla fué ovacionado.

—En la capital de Méjico se lidiaron el domingo toros de La Punta. Hizo su reaparición Manolete, que alternó con Silverio Pérez y Jesús Guerra, Guerrita, que confirmaba su alternativa. Los toros fueron sosos; el segundo fué devuelto a los corrales por manso, y el quinto también, porque se inutilizó un pitón. Guerrita no aprovechó las buenas condiciones del primero, que fué el mejor de la corrida. Hizo algunas cosas buenas con capote y muleta, y mató de dos pinchazos y media estocada. (Aplausos.) Al sexto le dió unas verónicas con los pies juntos, y estuvo vulgar con la muleta y el estoque. Silverio estuvo valiente y torero con la muleta y mató de una estocada caída y el descabello. (Ovación.) Hizo en su segundo una faena de alio y mató de media estocada y el descabello al segundo intento. Manolete toreó bien por verónicas a su primero, al que picó bien Barajas.

El cordobés empezó bien por alto. Se aplomó el toro, pero el matador consiguió que el bicho se arrancara y dió buenos derechazos. Mató de dos pinchazos, media estocada y el descabello al segundo intento. (Ovación.) A su segundo lo lanzó muy bien. Hizo un oportuno quite al picador Mota, que había caído al descubierto. Brindó al público y comenzó con unos muletazos por alto con mucho aguante; siguió con derechazos y manoleteras, y mató de media estocada y el descabello. (Ovación.)

—En Caracas se presentó el mejicano Luis Procuna, que estuvo desacertado. Antonio Velázquez estuvo valiente y artístico con capote y muleta, y mal con el estoque. El venezolano Julio Mendoza estuvo bien y cortó las dos orejas de su primero.

—El próximo sábado, en los locales del Club Taurino Madrileño, dará un recital de poesías el poeta Rafael Duyos.

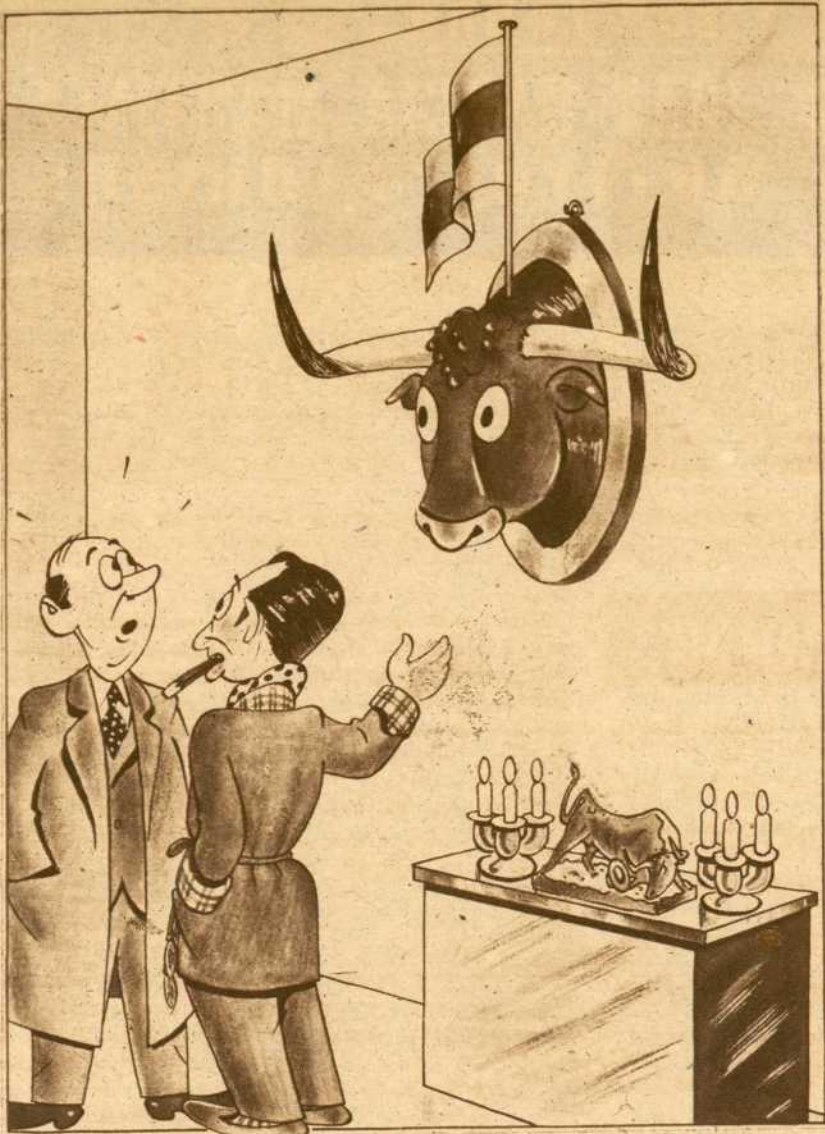
B. B.

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL
es un producto registrado;
rechace todo profiláctico
que no lleve la marca
BLENOCOL





MATADOR RETIRADO

—... y éste le conservo así porque fué un toro de bandera...



MULILLERO NOVEL

—¡Pero, hombre, si era al toro!



CAMARERO TAURINO

—¡Eh! Pero ¿por qué se lleva mi cerveza?...
—Como sacó el señor el pañuelo, iba a cambiar el tercio...

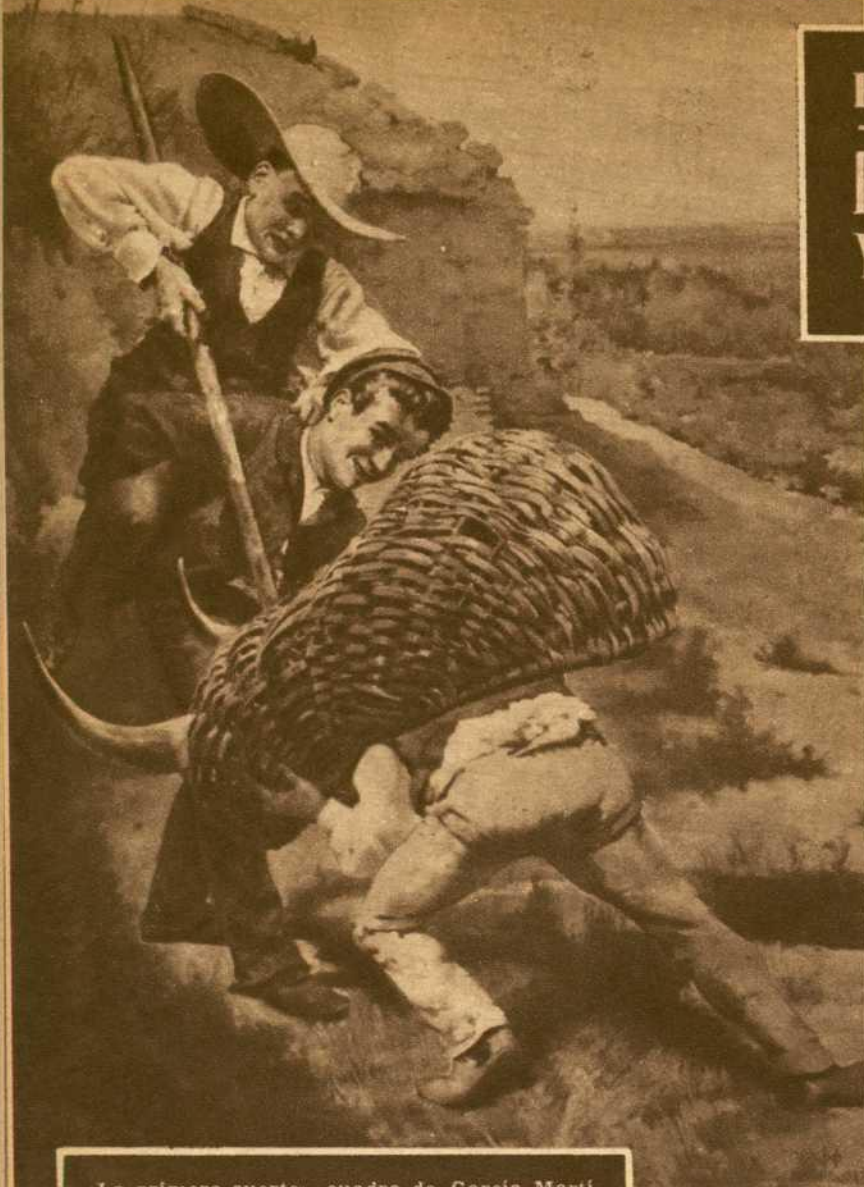


MAS DE MATADOR RETIRADO

—Sí, yo nunca devolvía las prendas que me arrojaban al ruedo...

EL ARTE Y LOS TOROS

El pintor JUAN GARCIA MARTINEZ Y SUS MOTIVOS TAURINOS



«La primera suerte», cuadro de García Martínez, lleno de gracia y atrayente simpatía, en que la buena técnica preside el encanto evocativo del asunto

CUANDO en ese ir y venir de nuestra mirada un tanto explorativa y en cierto modo llena de una anhelante curiosidad, en Exposiciones y museos, tropezamos más o menos deliberadamente con una obra que acusa una honda y psicológica sensibilidad, un motivo emocional y algunas veces patético, nos parece que hemos descubierto el pequeño mundo de nuestras devotas y más sentidas preferencias. Porque acostumbrados a contemplar tanta obra anodina y falta de sentido, tanto «bodegón» y tanta «naturaleza muerta», tal vez demasiado muerta, cuando no un paisaje o retrato carente de ese aliento humano y vital que hace del arte la suprema y más acabada manifestación de la belleza y del espíritu —«El arte —dijo Hegel— es un recreo del espíritu»—, el encontrar cuadros con un asunto atrayente, pinturas en las que el tema ha sido motivo de una elaboración previa imaginativa, lo que supone una indiscutible emoción creadora, nos reconforta, nos alienta y nos anima, aunque muchas veces, lo que pudiéramos llamar el tema, sea, como en la literatura o en el teatro, superior a su desarrollo y desenvolvimiento, es decir, a la realización y a la técnica —pictórica— empleada. «El cuadro ha de crearse previamente en nuestro cerebro», escribió un día el filósofo ginebrino Juan Jacobo Rousseau. No se concibe una obra bella, una obra acabada y perfecta, sin la debida y necesaria gestación. Lo espontáneo, lo rápidamente realizado sin una más o menos detenida meditación, sólo puede derivar hacia el fracaso o todo lo más a ese tono menor e indisciplinado que es la indiferencia. En realidad, en el arte mayor que es la pintura, no cabe la improvisación.

Cuando por primera vez nos fué posible estudiar y conocer la obra del pintor aragonés Juan García Martínez, aparte de sus famosos cuadros religiosos o de historia, como «La resurrección de Lázaro», «Los amantes de Teruel» (distinto del de Muñoz Degraín) y «Cerro de Zamora y muerte del rey Don Sancho», dos obras llamaron poderosamente nuestra atención, dos lienzos de una misma serie que se complementaban y se unían, dos temas tan compenetrados entre sí, que venían a formar un díptico notable, tal vez el único de tema taurino. Nos referimos a «La primera suerte» y «La

última suerte», en las que el pintor captó para el arte dos momentos emocionantes que vienen a ser como hojas de un mismo árbol, como dos aspectos semejantes y contrapuestos de una fase de la vida. Tal vez uno de ellos, «La primera suerte», o «Niños jugando a los toros», con la gracia y simpatía del tema, alivie un poco la cruda realidad, el fuerte e impresionante verismo del segundo, lleno de esa trágica emoción de un momento accidental e imprevisto de la lidia. Tal vez también la bondad ejecutiva, la facilidad en el empleo de la pincelada, la técnica en cierto modo maestra de «La primera suerte», compense con la no muy afortunada del otro cuadro. Es posible que influya el tema o asunto, lo diferente del escenario, no apropiados los dos a semejante técnica. No es lo mismo, no, el bosquejo de un paisaje, de un campo en el que es posible el contraste de color, el difuminado lento de los últimos términos, que un tendido abarrotado de público en el que el pin-

tor se empeñó en señalar las figuras, más o menos desvanecidas, pero fáciles de contar, olvidando que muchas veces unas simples pinceladas sirven o son suficientes para dar la sensación, el ambiente, con más emoción que con un meticuloso y acabado perfeccionamiento, que se sale de la órbita de la verdadera concepción artística. Claro está que ambos cuadros se pintaron y exhibieron en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887, cuando la verdadera y necesaria revolución pictórica, aun a pesar de lo que entonces se creía, no se había llevado a efecto, y cuando la simplicidad de líneas, la esquemática colorística no había llegado al logro total y definitivo, de los más deslumbrantes e insospechados efectos. Lo cual demuestra que la revolución artística no nace momentánea e inopinadamente, sino que es producto de una lógica elaboración lenta, consecuencia de un estado de ánimo creativo que se va incubando poco a poco, concorde con la evolución y la tónica ambiental que va trazando un camino y señalando los momentos.

Todas las anomalías pictóricas surgidas como un extraño alumbramiento, como un parto prematuro, han tenido siempre muy poca o corta vida. La lógica repercusión que motivó el contraste, la nota absurda o llamativa, que no cuajó en algo positivo o más o menos imperecedero. Sólo lo realizado a conciencia y a su tiempo, emocionalmente, puede crear una escuela, marcar una trayectoria, una supervivencia que puede ser una solución estimable para el arte. Desde hace veinticinco años a la fecha, podríamos señalar los nombres de multitud de jóvenes pintores, con una base sólida, auténtica y firme, que han trazado indiscutiblemente una ruta por la que es posible caminar sin fatiga.

Juan García Martínez vive

una época que caracteriza cierto estilo de pintura, y situado en su época hay que estudiarle. El pretender encontrar en él atisbos o insinuaciones futuristas —nace en 1829 y muere en 1895—, sería casi tanto como pedirle a Picasso que pintara, no ya «La rendición de Breda», sino «El testamento de Isabel la Católica», de Rosales. No sabría hacerlo.

«La primera suerte» tiene un encanto especial, un sentido evocador y nostálgico enorme. El pintor nos lleva, imaginativamente, a aquellos años de nuestra infancia —infancia cuajada de españolismo neto— en la que todos los chicos jugábamos a los toros, aunque no pasara por nuestra imaginación el ser toreros. Era una manifestación de hombría, de un arrojo y valentía de que hacíamos gala antes de encender el primer pitillo. Yo he guardado hasta hace poco tiempo, cual sentimental reliquia, un capotillo de paseo que alegró muchos momentos de mis primeros juegos.

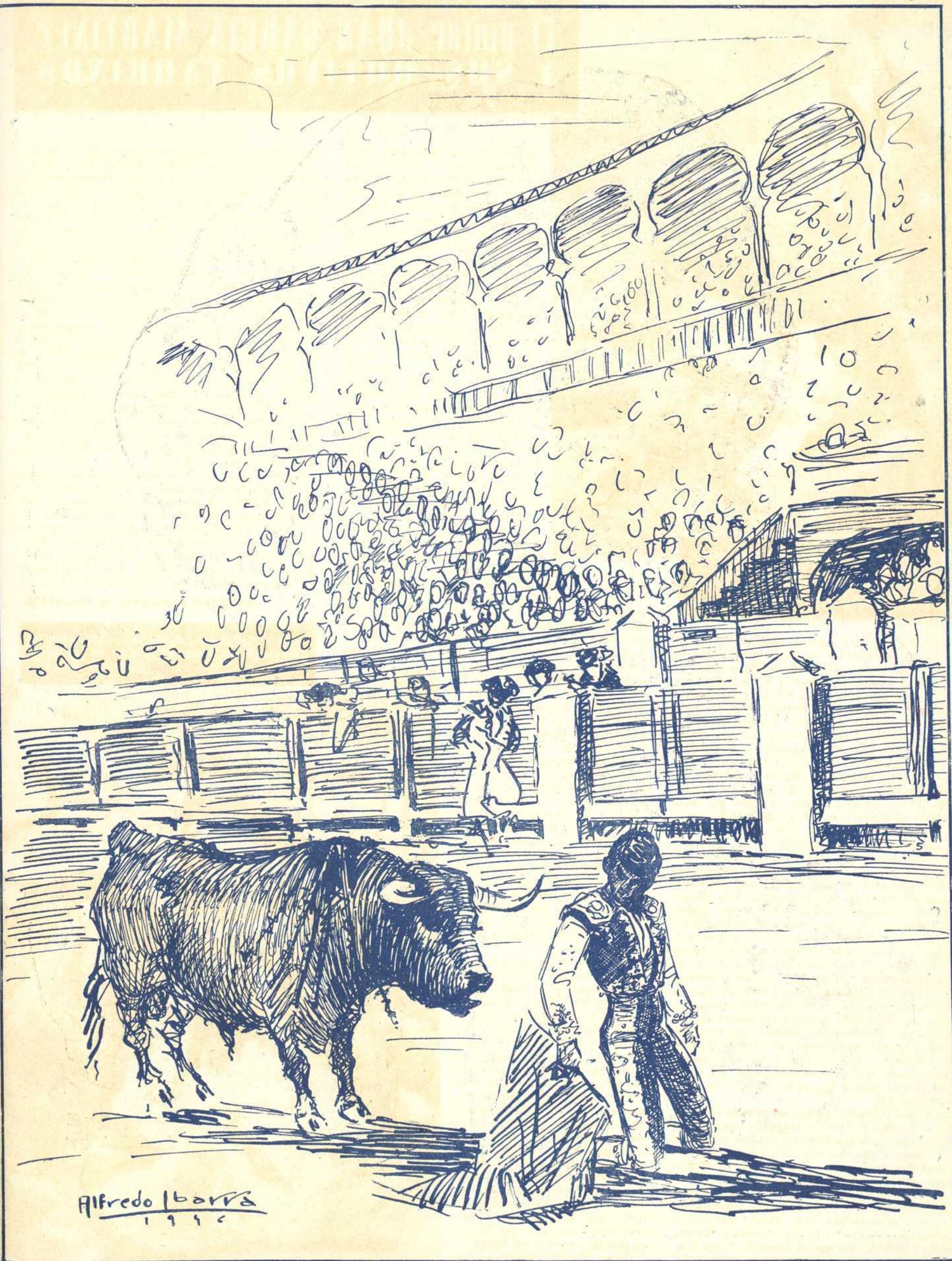
Esta gracia de la pintura, este regusto emotivo de hacernos evocar tiempos viejos de la niñez, hace que miremos con más benevolencia ese otro cuadro, «La última suerte», que no deja de producirnos cierto calofrío...

Como José Leonardo, aquel famosísimo pintor de la escuela de Velázquez del siglo XVII, Juan García Martínez había nacido en Calatayud, para venir a morir a Madrid después de haber sido discípulo del gran Federico de Madrazo, el maestro del más elegante romanticismo pictórico, y de recibir lecciones en París de aquel León Cogniet, que con su frío estilo hubo de dejar honda huella en toda una joven y artística generación francesa,

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

«La última suerte», donde con crudo realismo se recoge un momento trágico de los toros (Fotos del autor)





Un desplante en la faena de muleta.



Toreros célebres: Isidro Santiago, Barragán